

# **La aldea de F.**

ediciones de punto de partida



Mario M. Reyes, grabado en linóleo, 20 × 15 cm, 2011

# La aldea de F.

Las Microlocas

Eva Díaz Riobello  
Isabel González González  
Teresa Serván  
Isabel Wagemann

Coordinación y prólogo  
Clara Obligado

Textos de Difusión Cultural  
ediciones de punto de partida



Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura

México, 2011

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles  
*Rector*

Sealtiel Alatríste  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*

*Edición:* Carmina Estrada  
*Asistencia editorial:* Mariana Hernández  
*Diseño y formación:* María Luisa Martínez Passarge  
*Grabados de portada y colofón:* Mario M. Reyes

1ª edición: 2011  
Fecha de edición: 13 de octubre de 2011

D.R. © 2011, Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán  
C.P. 04510 México, Distrito Federal  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura

D.R. © 2011, Eva Díaz Riobello, Isabel González González,  
Teresa Serván e Isabel Wagemann

ISBN: 978-607-02-2698-4  
ISBN de la serie: 970-32-2158-0

Prohibida la reproducción total o parcial por  
cualquier medio sin la autorización escrita del  
titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

## LAS MICROLOCAS

Eva Díaz Riobello (EDR)

Isabel González González (IGG)

Teresa Serván (TS)

Isabel Wagemann (IW)

*A Rosa, locomotora de este libro*

## Prólogo

*Ménard (acaso sin quererlo) ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas. [...] Esa técnica puebla de aventuras los libros más calmosos.*

Jorge Luis Borges

“Pierre Ménard, autor del Quijote”

“**C**uando las ruedas de *El guardagujas* de Arreola, hartas de polvo y arena, decidieron no seguir adelante, el tren arrastró su cuerpo metálico por la tierra y quedó varado en el desierto. Los viajeros se miraron con desconfianza y se apearon del tren. Lijados por el tiempo, sus recelos se gastaron hasta el cariño. Unos se juraron amor eterno, otros eligieron la fugacidad del instante. De estas pasiones nacieron hijos, acaso familias, pero también futuras venganzas y odios imborrables. Nacieron historias, nació F.”

Así definen las autoras el punto de partida de este libro, que también pudo ser “La autopista del Sur”, de Cortázar, si el texto del autor argentino no se hubiera escrito casi una década más tarde que el de Arreola. En esa aldea —o en ese atasco—, los personajes se ven abocados a entregarse, al azar, a un desconcierto en las relaciones que podría ser el símbolo

de la condición del hombre moderno, incapaz de decidir su propio destino.

No sé si lo pensaron Cortázar y Arreola, ni siquiera sé si lo pensaron así las autoras, pero resulta que la Aldea de F. que imaginó Arreola se ve poblada ahora por esas relaciones eventuales que son el símbolo de nuestra manera de vivir. Un lugar donde ya el tiempo transcurre sin prisa y donde, a pesar de que el agua es un espejismo, existen las sirenas. Allí se cosen y descosen historias de vivos y de muertos, y las mujeres, con sus lenguas cortantes, son la imaginación de F.

Hay un espíritu fundacional en este libro de microrrelatos que busca, a través de visitar la literatura latinoamericana, una apropiación realizada desde la península, un diálogo o “cantar de ida y vuelta”, con su producción híbrida, como querían nuestros abuelos. Las autoras dejan el tren detenido y, rodeándolo, van creando la Aldea de F., una aldea que, para sorpresa del propio Arreola, está vista desde la perspectiva de las mujeres.

La crítica contemporánea diría que hablamos de una ficción dentro de la ficción, ya que para estas autoras no hay disminución alguna en el asalto que supone la decisión de habitar el texto de otro. Se diría que, más bien, se trata de uno de estos movimientos juveniles de ocupación que, evadiendo el derecho sagrado a la propiedad, se asientan en espacios nuevos para imprimirles una identidad comunitaria.

¿Es, digamos, una invasión de un espacio literario ajeno, a sangre y fuego? La idea resulta tentadora, pero se trata más bien de todo lo contrario: hablamos de homenaje, de entrecruzamiento, de un reflejo de lo que, en nuestro mundo errante,

es la literatura, de los vínculos que, a través de siglos de utilización de un mismo idioma, se han ido tejiendo. Como diría Kristeva, se trata del texto como una permutación de textos, que se cruzan y se neutralizan. Evidentemente, si toda literatura es diálogo, no hay otra manera de leer que no sea a través de los autores que veneramos, ni otra manera de escribir que no sea vampirizándolos. Estamos, pues, muy lejos del concepto de autor como propietario de un texto. Pero nada de esto es nuevo.

Ya Borges reflexionó sobre la posibilidad de incluir una obra literaria dentro de otra obra literaria, y también sobre los límites de la autoría, en “Pierre Ménard, autor del Quijote”, un texto que pone en jaque la idea del autor individual para colocar, en el centro, textos trufados por la voz de otros. La obra visible de Ménard está resuelta, como suele suceder en Borges, con una enumeración caótica. Interesa, sin embargo, la otra, “la subterránea, la interminablemente heroica, la impar”, que a la vez, está inconclusa.

O sea, no se trata de conquista, pero sí de apropiación indebida, con el debido respeto. Mejor dicho: de un juego de espejos, de un espacio donde la escritura y la lectura pueden ser infinitas.

Arreola, y sus discontinuas publicaciones en España, es uno de los autores señeros de un género que alcanza hoy su esplendor: el microrrelato (o microficción, o hiperbreves, o como queramos llamarlo), y el autor mexicano, entre otros, se instala en el imaginario español como uno de los maestros. Por lo tanto, es parte de este juego de espejos. Parafrasear a Arreola o a Monterroso, desmontarlos, desguazarlos para reinsertarlos

en el flujo de las lecturas más contemporáneas, reflejarse en ellos es uno de los efectos logrados en *La aldea de F.*, y de tantos otros libros que, en este momento, aparecen en España. Podríamos decir que, a lomos del dinosaurio, los autores cruzan el océano mostrando a los lectores de ambas orillas que, si bien las crisis y las desconfianzas impiden a veces conocernos, el idioma es un espacio firme de asentamiento, aunque con fronteras difusas.

Se trata, entonces, decíamos, de escribir la influencia, de exhibirla. De actuar, diría Borges en el cuento citado, como si de un palimpsesto se tratara. De recortar el texto del propio Arreola hasta convertirlo en una microficción, desplazando los sobrantes para futuras invenciones. No olvidemos que el propio Borges utilizó esta misma técnica en su *Antología de la literatura fantástica* (Borges-Bioy-Ocampo) y también hoy Raúl Brasca y Luis Chitarroni, entre otros, se convierten en antólogos-escritores por arte de la concentración, el recorte o fragmento. Nos referimos a escritores desacralizadores que, en lugar de prosternarse frente al altar de los grandes de la literatura, entran en los templos con su saqueo victorioso.

Visto así, podríamos decir también que Arreola se adueña de Kafka, Cortázar de Arreola, y así sucesivamente. Siguiendo esta línea, encontraremos en este volumen apropiaciones impertinentes y festivas de textos de Ana María Shua, réplicas femeninas a algún cuento de Neuman, homenajes descarados y seductores al propio Brasca. Es que *Las Microlocas* no se detienen ante nada. No contentas con fagocitarse a los consagrados se lanzan, con su apetito voraz, con impulso de ménades, a devorarse las unas a las otras, se copian, se responden, se

revuelcan. Metafóricamente, claro: toda lectura, propia o ajena, es puesta al servicio de su creación. Así, en la pluralidad de los textos, el origen tiende a perderse, se convierte simplemente en leyenda, en tradición, en mito. Como sucede con todo, en la Aldea de F.

Este proyecto no es una antología al uso sino que presenta a cuatro autoras residentes en España que han escrito un texto a ocho manos, pero respetando a la vez la autoría individual. Es decir, si bien los textos fueron generados por cada una de ellas en solitario, también ha intervenido en el resultado final el debate y la corrección conjuntas; en el fragor de la escritura unos textos comenzaron a contestar a otros, a devorarlos, el estilo ajeno impregnó y engulló, a veces, el propio. Aunque este tema sería objeto de un análisis más profundo, no es este fenómeno ajeno al crecimiento de los Talleres de Escritura, cuyo papel en la instalación y debate del cuento y del microrrelato resulta más que evidente.

Teresa Serván (España) e Isabel Wagemann (Chile) han sido durante años alumnas de mi taller. Isabel González (España) llega de la mano de Ana María Shua, y conozco a Eva Díaz Riobello (España) a través de un texto ganador de un concurso. Las tres primeras han sido antologadas por mí.<sup>1</sup> Pensé que tenía que ponerlas en contacto ya que sus textos dialogaban naturalmente y había en ellas una voz peculiar que me hacía sentir que se trataba de una poética común. Estaban forma-

<sup>1</sup> *Por favor, sea breve. 2. Antología de microrrelatos*, edición a cargo de Clara Obligado, prólogo de Francisca Noguerol, Madrid, Ed. Páginas de Espuma, 2009.

das en la lectura de autores latinoamericanos y su temática, su perspectiva, resultaba audaz a la vez que innovadora. En cuanto se reunieron, supieron que estaban hechas para escribir juntas. Y así nació la idea de Las Microlocas, que ya comienza a rodar. Levantaron su primer campamento en *La aldea de F.*, donde un viajero azorado espera un tren imposible, se instalaron con su escritura en ese mundo ominoso, lleno de secretos y de medias verdades. Así nacieron estas historias, así nació la aldea. Hizo falta el entusiasmo de Rosa Beltrán para que el viaje cuajara en libro.

*Clara Obligado*

*Mire usted: la aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes. El tren fue a dar en un terreno impracticable. Lijadas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes. Los viajeros pasaron tanto tiempo juntos, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades estrechas. Algunas de esas amistades se transformaron pronto en idilios, y el resultado ha sido F., una aldea progresista llena de niños traviesos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.*

Juan José Arreola  
“El guardagujas”

La aldea

## Magnetismo

Los chatarreros avanzan hacia nuestro tren. Los oímos venir de lejos, en cuadrilla, como un batallón de zíngaros. Nuestro santo tren despierta su codicia. Alimenta sus imanes. Magnetitas negras y gigantes contra las que nuestros fusiles no pueden luchar. Una vez más, remontan la loma, despliegan sus pegajosas grúas sobre las vías y, entre truenos de quincalla, una lluvia inversa de tornillos y resortes asciende desde el suelo. De nada sirve que amarremos los vagones a los postes ni los hijos a las cunas. Su poder de atracción encabrita la locomotora, arranca los raíles. Bastante hacemos con sujetar nuestros rifles. Con abrazar a nuestras mujeres. Al cabo de los días, suelen devolvernos alguna. “La atrajimos por descuido”, nos dicen. La mujer regresa ocre, galvanizada de atardeceres, fundida, diríase, a base de hierro y carne. Los reproches rebotan contra su cuerpo.

## Espejismos

*A Hernán Rivera Letelier*

Que cuidara de no salirse de la vía férrea, que caminara de durmiente en durmiente, pero, sobre todo, que no hiciera caso del canto solitario de Circe, tan frecuente alucinación en el desierto. No escuchó los consejos y terminó ahogado, en el fondo de un mar imposible, abrazado a su sirena.

## Leyendas

Hace mucho que el maquinista de F. no pisa una locomotora. Convertido en humilde barbero, cada día afeita bigotes y recorta flequillos mientras escucha las conversaciones de los parroquianos que, una y otra vez, vuelven al tren accidentado, aventurando las causas que pudieron hacer naufragar al gigante de metal.

Cuando le preguntan sobre aquel día, él se encoge de hombros sin interrumpir su trabajo. “Hay sucesos que sencillamente no tienen explicación”, es su única respuesta. No habla, por supuesto, de aquella voz gloriosa que surgió entre las dunas mientras el tren rodaba sin problemas por el desierto. Ese canto transparente que lo atravesó hasta el tuétano, prometiéndole placeres infinitos a cambio de su voluntad. Ya no era dueño de sus manos cuando el tren se salió de los raíles y se abrió paso a trompicones por la arena, hasta detenerse por fin.

El maquinista trepó entonces por los hierros buscando a la dueña de aquella voz sobrenatural, pero ante él sólo vio a un grupo de pájaros de aspecto monstruoso, que alzaron el vuelo entre graznidos de victoria. Desde entonces, sólo él sabe que la aldea donde vive no es más que un islote de viajeros náufragos, atrapados en un océano de sirenas hambrientas.

## Encuentros

La ve subir al tren con el pelo empapado. Con los cabellos dibuja caracolas de oro. Huele a sal. Imagina besar sus pechos descubiertos, acariciar su cola de escamas, pero cuando va a acercarse, la joven desaparece. Recorre el convoy dispuesto a encontrarla y, entonces sí, le dirá que la ama.

Bajo un manto de agua, ella espera en la estación la llegada de un nuevo tren. No le importa permanecer bajo la lluvia, si así se libra del tipo de piel rosácea y pequeñas agallas que, desde el fondo del vagón, la devoraba con ojos de besugo.

## Zopilotes

En tiempos de hambruna, los hombres arrancan a los niños de sus madres y los abandonan a las afueras del pueblo, a merced de los zopilotes. Aves de carroña con espuelas y yelmo como viejos conquistadores. Buitres enanos que cercan a los más débiles. “Recojamos a los fuertes”, dicen los hombres, sin intuir siquiera la venganza de los antiguos pájaros. Bichos de nombre azteca, animales sin voz que, a través de gruñidos, dan por cumplida su misión: quedarse con los valientes y dejar que los hombres nutran a los frágiles, a los blandos, a los pusilánimes que en tiempos de hambruna arrancarán a los niños de sus madres.

## Lluvia

Nunca llueve en el desierto, pero, en ocasiones, una nube negra se posa en la aldea y derrama su agua como si quisiera fertilizar las tierras estériles. El aire ardiente se vuelve fresco, las mujeres se desabotonan las camisas y abren sus bocas para recibir la lluvia, los hombres cantan y los niños retozan dentro de los charcos. La euforia persiste hasta que, al cabo de unos minutos, alguien estornuda o parpadea demasiado. Basta con eso. Entonces da unas palmadas fuertes, zarandea a los más ensimismados, y los habitantes del pueblo se despiertan bajo un sol abrasador, embadurnados de polvo y con la garganta reseca. Avergonzados, regresan a sus ocupaciones y nadie vuelve a hablar de lo ocurrido. Porque nunca llueve en el desierto. Sólo brotan espejismos.

## Tocar la lluvia

La lluvia venía desde lejos. Los niños fueron los primeros en verla y avisaron a la gente de la aldea. Pasaron los días y el agua se acercaba. Daba la sensación de que se la podía tocar con la punta de los dedos. Hicieron fiestas y desfiles. Y se pregonó por todo el pueblo su visita. Cuando por fin llegó, había hecho un camino tan largo, que olía a muerte. Dejó caer apenas unas gotas y desapareció. El hombre más viejo, el que confiaba en que el agua lavaría sus penas, se puso a llorar. Y lloró largamente durante cinco días y sus noches, hasta que el llanto logró lo que no pudo el aguacero. Se quitó de encima el peso de tantas distancias, de la nostalgia, del desamor.

## Orografía

En mitad de la tierra seca el hombre tropieza con un caño de agua. Se desnuda y, mientras se lava, descubre en el dedo gordo de su pie izquierdo un lunar verde. Se agacha a mirar de qué se trata y, escondido entre el vello, encuentra un trébol. Minutos después advierte, entre curioso y horrorizado, que el lunar se ha convertido en un manto verdoso que cubre todo el pie. Como si se contagiara, las piernas forman una ladera tapizada de arbustos, que en el pubis continúa con un paisaje de espinos. Su piel, normalmente tostada, se ha vuelto parda y arenosa. Más tarde, los brazos solidifican, convirtiéndolo en una masa rocosa que desborda la acequia. En mitad de la noche surge un grito profundo, la boca acaba de transformarse en una cueva. Al amanecer, del hombre sólo queda una mata de cabello negro que está a punto de convertirse en la cima de una montaña, sobre la que continúa cayendo una lluvia extrañamente cálida.

## Bosque casi humano

De entre la maleza, a bandadas, emergen niños gorrión que se enredan en el pelo de las mujeres. Melenas de sol o de sombra que se balancean. Danza íntima que, en su roce de hebras, trae el susurro del viento cuando agita las hojas. Los hombres izan las guedejas femeninas como sombreros vegetales. Árboles de brazos nérveos y piernas bifurcadas; bocas refugio de ardillas. Los más ancianos prestan su consistencia de corteza. Los enfermos, el gemir de los troncos. No cabe la improvisación. Al llanto de la última criatura alumbrada se le asigna el sollozo de las lechuzas. Con tal fervor se entregan a sus papeles, con tal empeño, que han logrado transformar el desierto en bosque. La felicidad, sin embargo, no es completa. No es completa la perfección. Echan de menos al paseante. Aquel ser libre que ajeno un momento a toda carga, venga a tenderse bajo la espesura.

## Hombre árbol

Desde que el tren descarriló, el hombre del bulto en la cara deambula por los compartimentos. No quiere que vean la verruga que deforma su rostro arbóreo. Se cobija en las sombras, ocultando la fealdad que le impide fecundar a las mujeres, la vergüenza que no le deja visitar la cantina. Se cree incapaz de aportar algo a la aldea que emerge, silenciosa, en ese espacio ajeno al tiempo. Se engaña. En ocasiones, los niños vienen a jugar a su terreno, ocupan el tren, lo hacen vibrar con sus carreras, y es frecuente, cuando anochece pronto, que un chico quede olvidado por el grupo, escondido a la espera de que los otros lo encuentren, en ese juego de ir y venir, de contar, de no ser descubiertos. Es entonces cuando el hombre, mitad árbol, devorado por la excrecencia de sabia, arroja al abandonado en su ramaje.

## Empezinado

Lo suyo era el mar. Pez, erizo o medusa. De eso no estaba seguro. Lo seguro es que “el negro”, “el patizambo”, “el cabeza de alfiler”, como lo llamaban, pertenecía al agua. No a ese lecho de piedras, no a esas abarcas duras ni a ese sol de cuchillos que herrumbraba su osamenta. Qué fácil confundir el centeno con el mar; el sudor con el salitre. Los cangrejos, con los sueños que se baten en retirada. Un día, el día que reunió suficiente fuerza no precisó trenes ni raíles. Remontó el acantilado y se lanzó al agua. No pataleó ni agitó los brazos, no gritó socorro porque él pertenecía al mar. Lo encontraron en el fondo. Clavado en la tierra. Cubierto de óxido verde. Óxido de ancla.

## Conquistadores

Pero la tierra ya estaba habitada. Lo sabían los niños que se desplazan a gatas y los ancianos que, al caminar vencidos, levantan el polvo con su resuello. Aquí ya hay otros, advertían. Igual que advierte el zahorí de las aguas subterráneas sin que nadie le haga caso. Y levantaron muros sobre muros ya levantados. Y abrieron acequias sobre acequias ya abiertas. Y tendieron puentes sobre puentes ya tendidos. Luego llamaron muros a sus muros, puentes a sus puentes, zanjas a sus zanjas. A los que advierten huellas invisibles, los llamaron niños o ancianos.

## El miedo de las madres

Cuando las bandadas de zopilotes planean dibujando círculos cada vez más y más bajos, las madres llaman a sus hijos con cualquier excusa. ¡Vengan a desgranar porotos!, dicen, cuando las alubias ya están hirviendo en la olla. ¡Niños, a merendar!, les gritan, aunque recién han terminado el almuerzo. Y guardan a sus polluelos bajo llave, cierran ventanas y postigos, y rezan para que las carroñeras no sepan por qué el aire huele a almíbar, y no adivinen que, en una de las casas, ha nacido otro niño.

## El guardagujas

*A Chus, su preferido*

Aceptó el empleo sin preguntar de qué se trataba y a punto estuvo de perderlo cuando se produjo el primer descosido en la vía. Con mano inexperta, sacó una aguja del acerico, enhebró el metal y, con puntada torpe, volvió a unir los extremos del riel. Poco a poco aprendió a remendar andenes, coger el bajo de la locomotora y fruncir vagones de mercancías. Ahora, imparte un taller clandestino de costura, en el que los hombres del pueblo aprenden a destejer rudezas. Y entre ovillos y bobinas de colores, hasta los más toscos intentan zurcirse el corazón.

## Taller de costura

“Se hacen todo tipo de arreglos”. Entra insegura y sale, por fin, con la cabeza bien alta.

## Máquinas de coser

*A Ana María Shua*

¡Levantad la barra presatelas!, ordena la modista. ¡Levantad la barra presatelas!, repite su ayudante. ¡Bajad el porta pie sobre la espiga!, grita la modista. ¡Bajad el porta pie sobre la espiga!, repite su ayudante. ¡Posición canilla!, grita la modista. ¡La canilla!, repite su ayudante. ¡Poned la bobina vacía en el eje de la devanadora!, grita la modista. ¡La bobina en el eje!, repite su ayudante. Entre tanto, los hilos nos enredan y las costureras corremos de un lado a otro del taller, desconcertadas. No nos basta un diccionario. Si no encontramos pronto las tijeras, nos convertiremos en crisálidas.

## Electrodomésticos

Consigue con la vecina una máquina de coser, con la esperanza de arreglar sus cuentos trasquilados, bordar palabras y descoser cacofonías. Quiere empezar por el principio y seguir el argumento hasta el final. Pero se pelea con el pedal y con los carretes de hilo, y el inicio no se entiende ni sabe cómo terminar. Cansada, abre la lavadora y mete todo dentro. A ver si con una hoja en limpio, blanca, recién lavada, le va mejor.

## Labores

Miro mis piernas y, entre la maraña, encuentro un pelo largo, larguísimo. Con aguja y dedal, lo enhebro y zurzo el roto de mis pantalones. Busco otro y me alcanza para coser el botón de su camisa. Con unos cuantos más, remiendo, primorosas, las sábanas del bebé que está por venir. Bordo su nombre a pelo. Terminadas las labores, guardo el costurero y quito la cera del fuego.

## Casamiento

Cuando escuchó lo del tiroteo en la iglesia, el hombre supo que había llegado la hora de volver. Compró dos balas de oro, montó en su caballo y, después de tantos años, regresó al pueblo. Allí, desplomada ante el altar, todavía lo esperaba su prometida. Ya no era ninguna muchacha, pero se arrodilló ante ella, le acarició el pelo y con mucha delicadeza introdujo una de las balas en el orificio que perforaba su abultado pecho. Al rozar con su proyectil la munición ya dentro, el hombre sintió el aguijonazo de los celos. “Sí, quiero”, dijo. Cargó su revólver con la otra bala y se dispuso a cumplir lo irremediable del sacramento.

## El olvido

Todas las tardes, el joven que una vez fue abogado en la capital sale de su casa y camina junto a las vías muertas hasta que el esqueleto del tren le cierra el paso. Es una distancia larga, por eso el sudor le empapa la ropa mientras cuenta los vagones, dos tres cuatro cinco, hasta llegar al que se encuentra atravesado entre dos rocas, el coche cama, primera clase, asientos de terciopelo. El metal aquí se arruga como un acordeón, es difícil reconocer las ventanillas y las puertas están bloqueadas sin remedio. El joven que una vez amó a una adolescente rubia lo recuerda bien. Salió a fumar un cigarrillo, sintiéndola desnudarse temblorosa dentro del compartimento. El desierto se deslizaba rápido ante él mientras planeaba sus siguientes pasos: la boda clandestina, la carta a los padres, el viaje a la capital. Y de pronto aquel chirrido inhumano, el tren descoyuntándose, brazos tirando de él hacia afuera, dejando atrás aquel cuerpo de niña, blanco y cálido. Al recordar esto, el joven que codician todas las mujeres de F. se echa a llorar y golpea con fuerza las paredes de hierro, grita su nombre miles de veces y no siente, no quiere sentir ese olor dulce, casi imperceptible, que sale de la única rendija del vagón.

EDR

## La rival

La chica más bonita del pueblo se llama Gabriela, melena negra y caderas anchas que bambolea cada vez que atraviesa la plaza, llevándose detrás el sueño tranquilo de los hombres. Todos los muchachos, excepto uno, han desfilado por su casa intentando cortejarla. Se presentan con cualquier excusa ante el padre de la joven, el viejo maquinista, que ahora regenta la única barbería de F. Se sientan en los sillones de mimbre del salón y Gabriela les sonrío fríamente desde el sofá mientras ojea viejos manuales ferroviarios. Al anochecer, los acompaña a la puerta. Cuando pierde de vista sus espaldas abatidas, regresa a su habitación y echa el cerrojo. Luego despliega el plano de un antiguo coche cama con asientos de terciopelo. Lo estudia en silencio, imaginando el cuerpo blanco que se encierra tras sus paredes. Y, durante horas, busca incansable un resquicio, una entrada oculta que esa noche le permita usar, por fin, la navaja barbera de su padre.

## Rescate

La joven atrapada en el vagón de tren ha encontrado la manera de escapar.

Desde el accidente que convirtió el coche cama en una cárcel, se alimenta de pequeñas alimañas que se cuelan por las rendijas de óxido. Está demasiado débil para responder a las voces que, en ocasiones, gritan su nombre desde el exterior. Nadie ha conseguido rescatarla, aunque a veces escucha ruidos de forcejeo tras las paredes de acero. Pero ya no importa. Ha descubierto una salida y pronto será libre.

Por eso ahora la joven mira indiferente a los animalillos que reptan por las grietas. Deja de lamer las gotas de lluvia que se filtran por la pared. Y se tumba a esperar, ignorando las voces que la llaman.

La muerte vendrá a rescatarla.

Ya se acerca.

## Futurible incesto

El descontento de Dios puede manifestarse en cualquier sitio. Incluso en esta devota aldea donde nos santiguamos tres veces. Donde anoche, nació un niño con dos cabezas. Como es nuestro deber, rodeamos la casa mientras el sacristán quemaba a la aberrante criatura. Luego pedimos perdón por nuestros pecados.

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El Altísimo nos ha enviado un bebé bicéfalo. Una señal. El estadio intermedio hacia la única testa y, con ella, la degeneración de la especie.

## Religión

“Si vivís en pecado, la cólera de Dios os castigará”, nos advirtió el párroco. Los más jóvenes nos reímos de él y le arrojamos desperdicios. Los mayores lo arrastraron hasta el desierto y lo ataron a un poste de madera, dejándolo a merced de las alimañas. Al día siguiente el cielo amaneció rojo, las fuentes manaron sangre y una lluvia de sapos destruyó los tejados de las casas. Nos asustamos tanto que fuimos a buscar al cura para traerlo de vuelta. El hombre se resistió a nuestros ruegos, pero al fin accedió a acompañarnos. Por el camino iba enumerando los cambios que permitirían detener las plagas divinas: construir una iglesia, acatar los mandamientos, prohibir el alcohol y el fornicio. Al llegar al pueblo una multitud lo aclamó y lo condujo a la plaza donde se alzaba el altar. Aún tardó unos segundos en darse cuenta de que no íbamos a celebrar ninguna misa. Fue un sacrificio rápido y los dioses quedaron contentos. Ahora saben que no nos apartaremos de la fe verdadera.

## Amén

En el desierto, todos los días son iguales, lentos, vacíos. Por eso, cuando la brisa sacude los techos de las casas, los niños salen a la calle y hunden sus pies en la arena caliente. Con suerte, el viento traerá nubes. Los pequeños miran de cara al sol, desafiantes. Pero el círculo blanco, incommovible, llama con más fuerza y les ruge una y otra vez: que no hay ni habrá domador de leones que pueda con su aro de fuego, ni pozo que alcance a saciar tanta sed, ni lluvia, ni redención, ni muerte anticipada. Sólo habrá desierto. Sólo sol, por los siglos de los siglos.

## Noticias del más acá

El viejo apartó de su cara el papel traído por el viento. Solía suceder. Una ráfaga arrancaba un pliego de no se sabe dónde y lo arrastraba hasta la aldea. “La tierra es redonda”, leyó en la hoja, miró la inmensa planicie y tras soltar una carcajada, examinó con cierta extrañeza su paisaje de todos los días. Cómo el sol salía por el horizonte y cómo las sombras de las estacas se alargaban con el paso del tiempo. “Redonda. Menuda estupidez”, sacudió la cabeza. Hizo un gurrño con el papel y lo tiró. El viento lo hizo girar sobre sí mismo como una peonza y, luego, lo lanzó a dibujar órbitas alrededor del cuerpo del anciano. Figuras elípticas que nada explicaban de esa tierra dura para el grano, de esas manos yermas para las caricias. En la inmensa planicie, sólo la idea de Dios lograba abrirse paso.

## La excitación de los muertos

La muchacha más joven del pueblo se encarga de adecentar a los muertos. Una vez al mes, con una falda mínima y un escote travieso, recorre el camposanto y, paño en mano, se arrodilla en las tumbas. Mientras frota la piedra sus caderas se agitan a ritmo de bolero. Saca brillo a las lápidas y sus pechos bailan. Los dedos se confunden, se alborotan, se marean, danzan con la bayeta, puliendo el mármol. La tierra late. Revienta de flores fucsias. Y la necrópolis rezuma un aire pegajoso. Un olor dulzón que cubre la aldea, sumiéndola en un amarillento letargo.

## La mujer del sepulturero

La mujer del sepulturero aprovecha, cuando éste tiene oficio, para deslizarse en los brazos del carbonero. Le gusta ese hombre que tiñe de negro sus pechos blandos. Cuando su marido limpia el cementerio, ella deja que el campesino abone sus muslos, la pierden esas manos terrosas separando las nalgas. Y cuando su esposo visita alguna aldea, practica con el verdugo otro tipo de muerte, con la soga al cuello. Solamente una vez al mes el enterrador posee lo que es suyo y, ese día, la mujer goza como ningún otro, cuando se acoplan, con el culo pegado a la piedra, mientras recibe el eco de su último suspiro.

## Bibelot

Al norte del pueblo se encuentra el muro. Es una pared lisa y blanca, sin grietas, que serpentea por la región durante kilómetros, invisibles su principio y su fin. Nadie sabe quién lo construyó, ni por qué está ahí. Los aldeanos simplemente evitan hablar de él. Los niños tienen prohibido acercarse. Las mujeres temen ver su reputación perdida si osan tocar una sola de sus piedras.

A menudo la cabeza me zumbaba de oír tantas leyendas sobre lo que había al otro lado: criaturas monstruosas con cuernos y escamas, un gigante dormido, un océano impenetrable... Así que una tarde encajé mis pies en las rendijas de su base y comencé a ascender, transpirando, desgarrando mis músculos, quebrándome las uñas hasta sangrar.

Mientras trepaba, podía escuchar el eco de otra respiración, rápida, muy cerca de mí. Al otro lado, alguien estaba subiendo conmigo. Llegamos a la cima a la vez. Y los dos parpadeamos sin comprender.

## El cielo

Una vez al mes, el aire de F. se carga de un aroma dulzón que deja a sus habitantes en un estado de permanente letargo. Los niños se tumban en sus camas, sin ganas de jugar; los ancianos rehúyen el sol; y las muchachas suspiran en los balcones, lánguidas, cepillándose el cabello unas a otras. Hay una brisa pegajosa que sube desde el cementerio y arrastra a las parejas a sus camas, buscándose, lamiéndose, entrelazándose una y otra vez hasta el éxtasis. Durante tres días sólo se escucha el frenesí metálico de los colchones mientras los bebés lloran de hambre, los animales vagan abandonados y las verduras se pudren en el huerto. Por fin, al amanecer del cuarto día, la aldea despierta. Los vecinos lavan las sábanas y retornan a sus quehaceres. Los niños se persiguen por las calles. Los ancianos regresan a la taberna y las muchachas encierran sus melenas en tiesos moños. Y así, la rutina se instala de nuevo en los corazones de la gente, robándoles, con cada latido, un pequeño soplo de vida.

## Caja de toques

Nos hemos vuelto a encontrar y enseguida ha mencionado aquel juego de niños que, cada tarde, sentenciaba su hombría y mi vergüenza. La caja de toques que construimos para aprender cómo funcionaba la electricidad: un cajón de madera con dos cables colgando y un circuito básico. La caja del macho, la llamábamos, cuando sentados en círculo y agarrados de la mano, cada uno de nosotros con un borne, la corriente nos atravesaba el cuerpo. Siempre soltaba yo primero. Lo soporté pavoneándose, convirtiéndome en el hazmerreír de las fiestas. Y aprendí a actuar despacio, sigiloso, entre las carcajadas que provocaban los chistes. Aprendí a conquistar a la mujer que él deseaba, a tener los hijos que siempre quiso, a hacerme con las tierras que le legó su padre. Me ha retado de nuevo, así que volvemos a estar cogidos de la mano. Apenas noto el calambre pero suelto mi cable mientras decido qué será lo próximo, despojarle de su amante o dilapidar la fortuna que ha ganado.

## Una gallina vieja

Agarra al animal por las patas e, hincando una rodilla en la tierra, le pega la cabeza al suelo. El bicho se remueve, formando una nube de plumas sucias. Mientras lo sujeta, el hombre levanta un palo. La gallina clava sus ojos de alfiler en la punta del madero que se dirige a su cabeza. No llega el golpe. El hombre apoya el palo en el suelo y traza una línea. Repite el gesto, dos, tres, cuatro veces, el surco renueva su camino, cinco, seis veces más. El ave deja de mover las patas. Continúa vigilando la madera, la ve alejarse y volver, alejarse y volver, alejarse... y queda en trance. Entonces, el hombre libera el gáznate del pájaro que permanece inmóvil, tranquilo, mientras él, animado por el resto del pueblo, lo palpa, lo revuelve, lo destripa, convencido de que esconde un huevo de basilisco.

## El juego del huevo

De un solo golpe revienta el huevo contra la tierra seca y se desparraman clara y yema. Golosas, torpes, acuden las gallinas dándose empujones para disfrutar del exquisito manjar. Culo en pompa, haciendo corro, absortas, picotean y beben hasta que se sienten cogidas por sorpresa, entre cacareos y picotazos inútiles. Son ellos otra vez, los niños, que las agarran de la cola y hacen girar sus brazos en hélice. Las gallinas —¡pobres!— ven cómo el mundo da vueltas una y otra vez, hasta que salen disparadas y sienten el primer golpe contra el techo del gallinero y después, la inevitable caída y el porrazo final contra el suelo. Se libran de la inocente tortura cuatro gallinas cluecas que, con los ojos en blanco, hipnotizadas, sumisas y ordenaditas, reciben, de otros niños, sus clases diarias de inglés.

## Tiempo de circo

En el escenario, la cuerda permanece quieta con una calma de mar imposible. El equilibrista bosteza en su camerino, esperando a que el enano que le guarda la pértiga acabe de hacer el amor con la domadora de caballos. Ensimismado en el retrete, el presentador intenta acabar otro crucigrama. Su micrófono es un cadáver olvidado en el centro de la pista, y por la arena, corren cientos de hormigas cargando restos de alimentos. Se oye el murmullo del viento colándose entre las gradas. Los espectadores de la siguiente sesión siguen esperando fuera, y en la taquilla, nadie descuelga el cartel de “vuelvo en cinco minutos”.

## Ferrocarriles

Hormigas agolpadas en el esófago de una serpiente. Serpientes que se deslizan por el lomo de un dragón. Dragones que se desparraman abrazando el mundo. Un mundo microscópico como una hormiga, en una galaxia de serpientes, dentro de un universo de dragones.

## Todas las mujeres

Mujer que se tiende bajo la espesura sin complejos, pretensiones ni abandonos. Mujer pájaro, mujer árbol. Mujer fuerte, decidida y sin domesticar. Mujer sirena o de secano. Mujer tarántula. Despiadada. Generosa. Mujer, al fin y al cabo. Mujer que se cuela como el viento por el ojo de la aguja para amarte y volver, desnuda, a su bosque de palabras.

## Cumplieron todos sus sueños

Los mismos que escribieron mil libros y fundaron mil catedrales; los mismos que drenaron pantanos insalubres y levantaron presas; los mismos que enfriaron el calor y templaron el frío; esos mismos, ahora, con el vapor de las cafeteras, despegan las sílabas, las recogen en cucharitas y las devuelven a los tinteros; a golpe de maza, liberan las gárgolas de la piedra y reinstauran el polvo de los caminos; cortan cables, descosen mantas. Miradlos, a voz en grito, cómo arman desarmando, las imprecisas poleas que erigen el deseo.

## El tren de las 12

No se lo ha dicho a nadie pero, algunas noches, el niño más pequeño de la aldea escucha el pitido de un tren que, allá lejos, en el desierto, anuncia con urgencia su salida. Entonces se acerca a la ventana y otea la silueta oxidada del tren que lleva décadas varado en la arena, como un dinosaurio de metal. Y aunque sigue sin moverse, el pequeño escucha otra vez ese pitido apremiante, el chasquido de las ruedas al girar junto a las risas y las voces de los pasajeros, quienes contemplan el desierto con indiferencia mientras ponen rumbo a ciudades brillantes y bulliciosas, playas de arena blanca o villas junto al mar. El niño intuye todo esto mientras observa cómo del tren muerto se desprende una sombra alargada en cuyos huecos, a veces, puede distinguir rostros y manos que le dicen adiós. Poco a poco, la sombra va ganando velocidad y ve cómo se aleja más allá de donde mueren las vías, llevándose consigo las historias interrumpidas, las vidas de los habitantes de F.

Uno de esos accidentes

## La muerte, uno de esos accidentes

No es fácil nacer ni morir en F. No es fácil llevar a los muertos al cielo, ni vigilar el camposanto el día de difuntos. Vivir puede matar y acaso los muertos son más felices que los vivos: los cuida una chica guapa que sabe bailar boleros.

El sol es implacable en esta aldea, los zopilotes no perdonan y los días parecen vaciados de aire. Aun así, más de alguno intenta engañar a la muerte. Tictac, tictac, tictac. Se acaba el tiempo. Antes o después, vamos a morir. Como en un cuento. Solos o acompañados. Maquillados o al natural. Moriremos por descuido, por accidente, por decisión propia o ajena. Ahorcados, fusilados, decapitados, embrujados. Moriremos por amor o desamor, con arrugas o sin ellas, lentamente o en un instante. De manera discreta o haciendo alardes de muerto.

Y matar. Hacerlo en sueños, de prisa, sigilosamente. Matar por despecho, por venganza, porque sí. Matar a muchos o sólo a uno. Matar a enfermos y sanos, locos y cuerdos, a amantes, rivales o niños. Matar con gusto, con pistolas, con tijeras. Utilizar tal vez hilos, cuchillos, tartas, almohadas, hogueras o bichos. Derramar sangre o hacer de la muerte una pulcritud sin límites.

Azucarada o amarga, la muerte campa a sus anchas en la Aldea de F. Huele a madera hueca, a sábanas mojadas, a piel de mujer. Muerte silenciosa o a gritos. Con forma de muñeca, tarántula, sombra o nube. Vamos a morir y a matar en cada

Uno de esos accidentes

cuento, para luego resucitar hacia el final. O no. Después de todo, nadie muere antes de tiempo.

IW

## Quimeras

*A Clara*

Desde la ventana, la mujer ve a una niña tumbada sobre el pedregal. Está boca arriba, con los brazos abiertos, observando el cielo e imaginando formas de animales en las nubes. Divertida, deja el plato que está lavando y mira también al cielo y cree ver una oveja. Más allá descubre un cocodrilo y luego la silueta de un elefante que, en segundos, se transforma en un camello de tres jorobas.

Entonces se vuelve hacia donde está la niña. Un hilo de sangre brota de su boca, y dibuja un camello, una oveja, un cocodrilo.

## La última hora

Todos los años, la Muerte va personalmente a buscar al hombre más anciano de F. Cuando él la ve acercarse desde la ventana de su cabaña, se pone el abrigo, se ajusta el sombrero y sale a su encuentro con una sonrisa. “Justo ahora me iba a la taberna. Deja que tome el último trago y nos marchamos”, le dice. La Muerte no puede negarse y lo acompaña hasta el local mugriento donde varios parroquianos se emborrachan en silencio. El viejo se acoda en la barra y pide dos vasos, “yo invito”. Mientras beben, el hombre repasa su vida y recuerda los momentos gloriosos: virtudes robadas, duelos de pistolas, trenes varados en el desierto y pájaros con rostro de mujer. Cuando terminan, el anciano regresa a su casa y un niño desaparece, a una muchacha le dan fiebres, o un joven cae al suelo con el corazón parado, mientras la Muerte abandona el pueblo haciendo esos, con la sensación de haber sido burlada. Una vez más.

## Rito

En el centro del pueblo erigieron un poste. Cuando alguien moría, traían el ataúd a la plaza y obligaban a sus portadores a trepar por él. Los familiares enjugaban su llanto y comenzaban a subir. Más. Más arriba. Cada vez más alto. Y el cadáver se volvía pequeño, diminuto, insignificante. Cuando alguien moría no era el muerto quien debía subir al cielo.

## Tocar a clamores

Si la campana toca tres veces, la aldea ya sabe que ha fallecido un hombre. No importa tanto el muerto como que la campana ha dejado retumbo y, cuando ésta no toca limpio, los aldeanos saben que alguien más perderá la vida. Es que la muerte no está contenta y un frenesí se apodera del lugar. De los enfermos, que padecen síntomas imposibles. De los sanos, que enferman sin previo aviso. De los asesinos, que buscan víctimas en cualquier parte. Durante los siguientes días, las calles se convierten en emboscadas, en riñas, brotan los celos. Relucen las hojas de las navajas bajo el sol del desierto. A la aldea le entra prisa por enterrar a ese otro cadáver que le devuelva la normalidad. Que, tal vez, calme a la muerte.

## Raíces

Lo llamábamos el árbol de los condenados porque allí se celebraban todas las ejecuciones. Ya fueran ahorcados en sus ramas o fusilados contra su tronco, todos los delincuentes del pueblo terminaban sirviendo de abono para sus raíces. Un día, el alcalde ordenó acabar con aquella costumbre arcaica. Hizo talar el árbol y destinó su madera a la construcción de un altar nuevo para la iglesia. En la primera misa, el cura se estremeció, puso los ojos en blanco y empezó a blasfemar en una lengua corrupta. Los fieles se arrancaron las ropas y se entregaron a una lujuria desenfrenada, que no distinguía sexo ni edad, mientras los ancianos buscaban un macho cabrío al que sacrificar. Desde entonces decapitamos a todos los justos en el tocón del antiguo árbol. Pero lo vigilamos día y noche. Por si le nacen ramas nuevas.

## Trozos

Me siento ante una mesa a la que le falta una pata. Mientras me inclino para ver qué ha pasado, noto algo en el costado izquierdo. He perdido una costilla. Comienzo a desayunar sobre la mesa coja, con mi tórax incompleto, y advierto que el asa de mi tazón se ha esfumado, y que el plato de las tostadas es sólo un borde de cerámica que enmarca el vacío. Un vacío que absorbe las migas, la pata, mi costilla, mis pensamientos.

## Extravío

La víspera del Día de Muertos sorteamos quién vigilaría el camposanto durante los festejos. La mala suerte quiso que fuera yo. Desde la tapia del cementerio, miraba a mis amigos disfrazados, bailando con las muchachas, y se me revolvían las tripas de envidia. Así me distraía cuando vi a una chica muy linda con el vestido embarrado que caminaba entre las lápidas. Estaba pálida y se apretaba el brazo contra el pecho, como si estuviera herida, mientras registraba con afán los huecos de los nichos. Le ofrecí mi ayuda, pero ella negó con la cabeza y se alejó tristemente. Era tan bonita. No volví a verla, pero encontré lo que había perdido. Al anochecer descubrí lo que parecía una tarántula blanca correteando a los pies de la verja. Cuando la atrapé, me acarició los dedos y observé que llevaba un anillo de bodas. Hasta sus uñas eran lindas.

## Sombras

La sombra de una acacia encara el muro, se dobla para remontar el edificio y penetra por la ventana. Es allí donde se disgrega, se multiplica, se mete bajo la cama y ocupa las cerraduras y los ojos de ese Cristo del crucifijo. El hombre entra en el dormitorio. Su dormitorio. No necesita encender la luz. Las sombras ríen a salvo en sus escondrijos. De puntillas, corren hacia la chaqueta que cuelga en el respaldo de la silla. El hombre estira un brazo y alcanza la prenda. Sale del cuarto y, con la desgana de siempre, arrastra su chaqueta hacia la escalera. El hombre ignora su tenebroso cargamento. El hombre ignora que ya respira sombra, que come sombra cuando habla, que está regalando un beso de sombra al retrato de su esposa colgado en la pared. Porque amaestramos las sombras, porque logramos que no alboroten, que no griten, que no molesten al vecindario. Y si están amaestradas, si no alborotan ni gritan ni molestan, qué es lo que ocupa la bocamanga de la prenda, por qué el hombre no puede introducir su mano y sobre todo, quién lo ha empujado escaleras abajo. El hombre rueda de peldaño en peldaño, choca contra el portón y el portón se abre. Su cuerpo queda tendido en la calle. A plena luz del día mientras las sombras manan de la chaqueta, se funden con la sangre y fluyen como alquitrán hacia el pie de la acacia. Allí, sangre y sombras, en perfecta simbiosis, recomponen su silueta de cotidiano árbol del paseo.

IGG

## Dibujo a mano alzada

El torturador da dos pasos hacia atrás y contempla a la víctima. Se hace una idea general y vuelve a acercarse. Reflexiona un instante y continúa. Apoya la navaja y dibuja sobre la piel: una casa, sus ventanas, ahora la chimenea y luego el humo. No olvida el árbol, ni la cerca de palitos de madera. Y se empeña en la tarea, mientras el rojo emborrona su mísera obra de arte.

## Lo que sueña el otro

Despierto cuando el cuchillo empieza a rebanarme el cuello. Mientras me ahogo, palpo las sábanas hasta encontrar a mi esposo y, entonces, me doy cuenta de que el gorgoteo que escucho de fondo es el ruido de la sangre manando de su garganta.

## Tubérculos

Tía Adela no era la típica solterona. Sabía silbar, cultivaba su propio huerto y vistió sin recato hasta el último día. Cuando alguna sobrina tenía un hijo, lo envolvía en una toquilla e iba a su casa para presentárselo. Ella nos sonreía, posaba su descarnada mano sobre la cabeza del bebé y decía: “Hermosa cebolla.” Nosotras ahogábamos la risa porque su severo glaucoma le impedía distinguir un bulbo de un niño. Así lo constatamos cuando murió y nos hicimos cargo de sus cultivos. A la sombra de una higuera, brotaban manitas.

## Desmontaje

Cuando maquilló su primer cadáver, tuvo algún reparo. Le pareció demasiado joven. Con los siguientes, actuó por inercia. No quiso mirar. El día en que le trajeron a los dos viejos, abrazados en el mismo ataúd, se esmeró en su trabajo. Borró incontables manchas y arrugas. Atenuó, a golpe de brocha, varios hijos, nietos y bisnietos y, no conforme con eso, descosió otras tantas enfermedades y muertes. Pero quería ir más allá y deshizo, en un instante, setenta años prestados. Entonces supo lo que era el poder.

## Autorretrato

El escultor decide hacer una obra a su imagen y semejanza. Toma un bloque de piedra y comienza a tallar. A golpe de cincel reproduce los pies, el detalle de las uñas y una pequeña cicatriz en el tobillo. Cuando está perfilando los muslos, siente una ligera inestabilidad, su cuerpo, el de carne y hueso, se apoya sobre dos extremidades cortadas a media altura. Obsesionado con reproducirse entero, continúa esculpiendo la cintura, el abdomen y el sexo e, inmediatamente, nota cómo se volatilizan de su cuerpo. Decide, entonces, modelar la cabeza. La ejecuta con tal precisión que sólo le falta esculpir las ideas. Luego, el hombre, el decapitado, se apura al cincelar las manos. Con dedos ágiles da forma a los últimos gestos y, justo antes de rematar la faena, cuando va a esculpir el último detalle, ese matiz distinto que hace a la estatua humana, decide no dar el golpe y dejarla sin alma. Aunque poco, prefiere que perdure algo suyo.

## Celos

La vecina envidiosa ve a su rival salir y alejarse por el camino polvoriento. Entonces encuentra la llave escondida bajo el felpudo y penetra en la casa ajena. Mira las fotos enmarcadas de esa familia de ensueño. Espía los armarios, registra el botiquín, huele las camas. Busca y encuentra una caja forrada en seda rosa. Dentro, una vieja carta de amor y una píldora blanca. La lee despacio, dos, tres veces, hasta que su corazón vibra con emociones prestadas, con un amor imposible y una resolución que su rival no tuvo el valor de cumplir. Cuando termina, rompe la carta en pedazos, traga la píldora y se recuesta, sonriendo, dispuesta a ocupar por fin el anhelado lugar de la otra.

## El alacrán

*A mi padre porque le gusta*

Cleo levantó la piedra y allí la esperaba el alacrán. Se sentó sobre la roca y expuso sus tobillos al aguijonazo. Sin aspavientos. De todas formas, ya era una anciana. Había sobrevivido a una guerra y a siete partos. No todos sus hijos crecieron. Aquel hombre nunca supo de su amor. Tantas veces se transformaba la semilla en fruto; tantas veces la tierra devoraba inocentes, que ya nada la sorprendía. Estaba cansada. Quería que los huesos no dolieran. Olvidar. Reunirse con los suyos. Por última vez aspiró el olor a espliego. Pero la picadura no llegó. Abrumado por tanta responsabilidad, el alacrán había huido.

## Madurez

Aisladas en su viejo caserón, madre e hija vivían en un prolongado encierro. La niña se hizo mujer entre escaleras y silencios, con el único patrimonio de su larga cabellera. Su madre se la cepillaba todos los días y la recogía en dos trenzas imposibles que, al caer la noche, se deshacían en una cascada de bucles de ébano. A veces, los niños del pueblo se asomaban a los cristales cubiertos de polvo y juraban haber visto serpientes negras reptando por la casa. Un día hallaron la puerta abierta y, en el salón, el cadáver de una anciana balanceándose en las vigas del techo. Fue necesaria una escalera para bajarla y un hacha para cortar la cuerda que ataba sus manos. El barbero la examinó durante largo rato, antes de arrojarla al fuego. Aún conservaba el aroma del champú infantil.

## El hilo

Busco el pelo más largo de mi cuerpo y me lo enrosco alrededor del cuello. Subo a una silla y lo ato a la viga más alta de la casa. Salto. En un instante, me descoso. Mis párpados son ojales vacíos.

## Chinches

El hombre se remueve en el camastro, harto de esos bichos rojizos que anidan en los pliegues del colchón. Trata de dormir de día, cuando los parásitos están aletargados, pero el calor no le permite descansar y, al ponerse el sol, cae rendido en esa trampa en que se ha convertido su lecho. Son como la muerte, piensa, pacientes en extremo, capaces de pasar semanas sin alimentarse. Cuando, agotado, el hombre se duerme, el catre se llena de lentejas con patas, que taladran su cuerpo con un fino aguijón. Chupan la sangre del hospedero, lo dejan seco, mientras la casa enferma de un hedor acre, semejante al de la madera de su ataúd.

## La viuda

Soñé que lo mataba, sin detalles pero era tan real que, cuando desperté sobresaltada, y él me abrazó diciendo que sólo era una pesadilla, supe que me consolaba un muerto. Desde entonces, vivo con un cadáver y trato de averiguar si para reencontrar a mi marido debo matarlo en este mundo o, simplemente, soñar que me muero.

## Simón Reynaldo Aguas

Mientras el sepulturero tomaba las medidas de la caja, el barbero descolgó a la anciana ahorcada, aflojó la trenza negra que estrangulaba su cuello y la tiró al fuego. Los hombres apartaban los muebles para abrir paso a la carreta, las mujeres impedían la entrada de los niños y sin que nadie se diera cuenta, Simón Reynaldo Aguas, domador de serpientes, rescató la fatal trenza de las llamas. La agarró como se agarra una serpiente de verdad, aplicando la presión justa sobre la cabeza venenosa. La golpeó contra su pantalón para apagar las últimas chispas y la introdujo en su cesto. Al hacerlo, los ofidios que habitaban dentro se apartaron. No les inspiraba confianza esa culebra vellosa. Quieta y oscura como un presagio. Simón Reynaldo Aguas decidió amaestrarla igual que amaestraba los ejemplares que encontraba ocultos en las casas de la aldea, en las grietas de los graneros, en las costuras de los colchones. La gente confiaba en él. Por eso, aquella noche, con la anciana ya guardada en su ataúd, el pueblo durmió tranquilo, acunado por la música que surgía de la casa del domador. Una canción tal vez más dulce que las anteriores. Una melodía nueva para cada nueva serpiente. “La única forma de amansarlas”, explicaba. La única forma de hacer salir de su escondrijo a la muchacha de cabellos cortos y negros que ahora camina sinuosa hacia el cesto.

## Analogías

—Esta noche tú también usarás una venda —dijo ella.

Él la miró sin verla, como si la traspasara. En sus ojos apareció un brillo metálico.

—Tú llevarás el vestido rojo —dijo él—, el de los buenos tiempos.

Sus palabras sonaron frías y deslumbrantes como alfileres. Palabras que la clavaron contra la pared y la dejaron inmóvil.

—Hoy quiero oírte gritar —insistió él—, y ver que tu cuerpo tiembla, como si agonizaras.

—¿Por qué quieres que use el vestido rojo? —preguntó ella. De cualquier manera, estaré desnuda.

—Ya es la hora —apremió él. Muévete.

Entre sombras ella ocupó su lugar. El silencio fue demoleedor. Él se plantó donde siempre y levantó la mano. Con un gesto preciso lanzó el primer cuchillo. Esperó a oír su grito helado y con la mano libre, se tocó el corazón.

Plof

El acróbata salta de su trapecio al trapecio en que llega su compañera —ya sabéis cómo son las mujeres— tarde y espléndida.

## El número final

“Batamos todos los récords”, me dice, mientras lo ayudo a introducirse en el cañón, con los brazos bien pegados al cuerpo. “Que se queden boquiabiertos”, sentencia. En el fondo se lo está buscando. Yo sé que la pólvora sólo sirve como efecto sonoro, tal vez he puesto un poco de más. Un error lo comete cualquiera. Pero hay tanta expectación en el aire, tanta pasión en esta aldea. Fíjense ustedes en las caras del público, en la sorpresa, cuando al quemar la mecha, su cuerpo se dispersa en cientos de trozos. Verdadera metralla. Lo nunca visto.

## Duplicidad

Las dos gemelas son idénticas como dos lágrimas, bellas como cuchillos y rivales desde la cuna. Un día, mientras se escrutan la una a la otra, se dan cuenta de que ya no son iguales. En el rostro de una hay un pequeño lunar rojizo, justo en la comisura de los labios, que realza sutilmente su boca traviesa. Pronto los hombres comienzan a ignorar a la otra en favor de su hermana, atraídos por ese lunar minúsculo que despierta la lujuria masculina. Así, mientras a una le llueven pretendientes, la otra rumia su venganza. Acude a la bruja del pueblo y le pide un lunar idéntico. “Te haré el mismo que le hice a tu hermana”, revela la hechicera. Entonces exhala su aliento fétido sobre el rostro de la chica y pronto el lunar hace aparición. La gemela entonces pervierte al párroco, seduce a veinte hombres y se encama con diez. Mientras, su hermana agoniza de fiebre y el sarampión se propaga por la aldea, implacable, cama por cama.

## La nana

La mujer toma las medidas y calcula las proporciones. Sabe que el más mínimo error lo echará todo a perder. Marca con tiza los lugares exactos y comienza su tarea. Sobre la cruz que señala la boca, la de las palabras falsas, clava el alfiler de cabeza azul. Para que se calle de una vez. *Duérmete mi niño, duérmete mi sol.* Con una aguja larga y brillante, apunta: los genitales, que no quisieron darle lo que deseaba. Le tiembla la mano y pincha fuera de la marca. Suelta un gruñido y rectifica. Clava el alfiler sin compasión. *Duérmete niño, duérmete ya.* Toma aire. Con la precisión de un entomólogo, remata la faena y el último alfiler perfora el corazón. *Duérmete mi niño, duérmete mi amor.* El muñeco está inmóvil sobre los periódicos arrugados. La mujer enciende un fósforo y lo acerca. Con las primeras llamas, ve que el cuerpo se estremece. Un movimiento reflejo, prefiere pensar, y descarta una pequeña resurrección. *Este niño pícaro se burla de mí, cierra los ojitos y los vuelve a abrir.* La mujer observa el fuego y comprueba que avanza sin tregua y sonrío y arrulla la hoguera cantando *Duérmete mi niño, duérmete mi amor, duérmete pedazo de mi corazón.*

## El broche

El tipo se me quedó prendido en la blusa como un alfiler y allí permaneció, hermoso. Al cabo de unos días noté una punzada y descubrí que me resultaba cada vez más difícil desprenderme de él. Poco a poco se fue insertando y, al final, nos acostumbramos. Aprendió a comportarse: adornaba con desconsuelo mi solapa de luto en los entierros y, cuando brillaba en las fiestas, mi escote era la codicia de todas las mujeres y la obsesión de los hombres. Nos llevamos bien hasta la noche del baile de difuntos, cuando un zagal, de pelo húmedo y ojos de tierra, me clavó la mirada, clavó su boca en mi cuello y, durante toda la noche, clavó su aroma en mí. Amanecí desnuda, junto a un diamante en bruto, ensartado por un broche de oro en el pescuezo.

## El baile

*A Patricia Esteban Erlés*

Brillantes, cortantes, feroces descuartizadoras de telas, pelos y papeles. Tan útiles para podar hierba, uñas y trozos de pollo. Metálicas y amenazantes en manos de la peluquera. Serviciales y certeras en las de la modista. Tontas, entre folios de colores y el origami. Sin filo, como bípedos inútiles en la cocina. Óxido y olvido en un cajón del escritorio. Deformes, mutantes. Con ojos de buenas para cortar una flor y regalártela. Retorcidas, con sonrisa de zigzag, buscando acaso una lengua para perfilarla. Tétricas bailarinas de piernas de plata que inician su baile terrible. Tijeras llorando y gritando que eso no, que ellas nunca. Tijeras huyendo al costurero y cerrando la cremallera por dentro. Susurros y risas. Tijeras de piernas perfectas y rígidas, que salen deslumbrantes de su escondite. Pasitos de ballet. Golosas, doblegan a mi mano derecha y la obligan a seguirlas. Brutales, cuando hundo sus fauces, sin asco, en la manteca blanca de tu espalda.

## Asesinato preposición

Olvidé la plancha sobre la camisa. En la camisa, me olvidé al hombre.

## Cuento de ida y vuelta

El aire golpea los postigos contra la casa.  
Empuja las hojas de la ventana.  
Se cuelga en la habitación.  
Surca el pasillo.  
Agita la lámpara.  
Se mete en el armario abierto y alcanza el costurero de caña.  
Un último suspiro atraviesa el ojo de la aguja, clavada en el  
ovillo de lana blanca.  
En la carne blanca de tu espalda, de la que arranco las tijeras  
ensangrentadas.  
Las envuelvo con un retal de costura que encuentro en el ar-  
mario.  
Iluminada por la lámpara,  
desando el pasillo.  
Alcanzo el dormitorio.  
Y, riendo, lanzo el metal por la ventana.  
El aire golpea los postigos contra la casa.

## Amigas verdaderas

Era la muchacha más linda y todas la queríamos. Nos hicimos amigas suyas y la acompañábamos a todas partes. A bailar a la plaza, a recoger flores secas, siempre juntitas. Siempre. Y, aunque también era la más rica, todo lo compartía con nosotras. Todo. Vestidos nuevos, joyas e incluso perfumes franceses. Hasta que se encaprichó del chico más guapo del pueblo y no lo dejaba tranquilo. Tan fuerte le dio por él que su padre llegó a apalabrar la boda y claro, eso no lo podíamos consentir. Éramos sus amigas. Así que seguimos al chico una tarde que se fue a pasear solo a las vías e intentamos explicárselo, pero no lo entendía. Pataleó mucho, y sus gritos eran horribles. Nos costó limpiar la sangre, pero todas quedamos satisfechas, así que no entendemos a qué tanto revuelo ahora. A fin de cuentas, le dejamos el mejor trozo a ella.

## Hermanos

En la aldea de F. la vida era muy dura. No había tiempo para juegos y, cuando nació mi hermano, aun hubo más bocas que alimentar. Siempre me molestó su alegría innata, aquella mirada soñadora que parecía elevarle por encima de nuestras míseras vidas, así que de vez en cuando le daba una paliza para devolverle a la realidad. Le rompí la flauta con la que hacía bailar a los ratones del sótano y otro día quemé el muñeco que había tallado en un trozo de madera.

Una tarde le sorprendí en el huerto, con un puñado de judías en la mano. Quería plantarlas y hacerlas crecer hasta el cielo. Le pateé hasta que las soltó y aquella noche las cenamos estofadas. Él no quiso probar bocado, pero me pareció que sonreía con disimulo. Por la mañana su cama estaba vacía y a nosotros se nos había cubierto el cuerpo de pelo. No está tan mal. Papá sigue durmiendo en su cama dura y mamá en su cama blanda. Yo no he perdonado a mi hermano y aún sigo esperando que regrese para hacerle probar mis nuevas zarpas.

Anoche, cuando volvimos de explorar las vías del tren, vi un bulto acostado en mi cama y, convencido de que era él, le salté encima. No hubo suerte. Mamá me ha consolado y después ha limpiado los rizos rubios que quedaban en el suelo. Al menos hoy no cenaremos sopa.

EDR

## Mamá siempre

*A mamá, siempre*

Sigo haciéndoles la comida, doblo su ropa y ordeno sus juguetes. Todo el mérito, por supuesto, se lo lleva la Otra. La Otra, que según dicen, ha aprendido con humildad a guisar y a plegar la colada como yo lo hacía. La Otra sostiene un puchero y la ven sostener un puchero. Haría falta acercarse mucho, más allá de lo razonable, para apreciar, entre sus dedos y los objetos, esas grietas de aire, esos intersticios de vacío que mis manos invisibles ocupan. Sólo mis hijos saben que sigo siendo yo quien alinea sus zapatos bajo la cama.

## Dulces

Nunca olvidaré aquellos días en que mamá nos llevaba a visitar a la abuela. Vivía muy lejos del pueblo y, cuando nos acercábamos a su casa, el aroma a azúcar llegaba a nuestras narices tan fuerte que a mi hermano y a mí nos hacía salivar. Ella nos esperaba en la puerta con una bandeja de dulces y, después de los abrazos, nos servía unas comidas deliciosas. Al terminar nos enviaba a jugar al huerto, mientras ella bajaba las sobras al sótano. Decía que eran para el perro pero, por más que insistimos, nunca nos permitió ver o jugar con el bueno de Hansel. Me pregunto de qué raza era.

## Nadie muere antes de tiempo

“Su hija se está muriendo”, dijo el médico. “¡Mi hija vivirá cien años!”, replicó la madre. Derribó la silla al levantarse y su esposo la ayudó a salir de la consulta y a todo lo demás. A instalar el toldo celeste que desplegaron a intervalos sobre el jardín, a sincronizar la intensidad de los focos con el volumen de los pájaros, a colgar los ventiladores con su interruptor de brisa o ventisca. Si requerían una primavera, importaban flores silvestres y componían un ramo con el que entraban a su cuarto. “Mañana es tu cumpleaños”, le decían. Abrían la ventana y veinticinco grados exactos agitaban las cortinas. La pequeña elaboraba su lista de invitadas y el día de la fiesta, todas las niñas envidiaban su enorme bosque de velas. Treinta velas. Cuarenta velas. Noventa llamas sobre la tarta. Acababa de cumplir un siglo la tarde que murmuró: “Cien años son demasiados.” Habló entre toses y temblores, con el coraje que sólo arraiga en las grandes mentiras. Esa noche apagaron los focos y las aves. Cuando plegaron el toldo celeste, la lluvia ablandó la tierra.

## Sobrevivir

*A Luis, entonces y siempre*

En enero, la muerte lo atropella. En febrero, agoniza. Durante marzo, de nuevo, se asoma al mundo. Las heridas se cierran a lo largo de abril y mayo. Con el sol de verano vence los últimos dolores y los primeros miedos. En septiembre lo alimenta la certeza de poder con todas las sombras que lo acosan, pero en las tardes cerradas de octubre vuelve a sentirse herido. En noviembre descubre que aún le faltan apoyos por recuperar. Y a finales de año se tumba, derrocado por el esfuerzo de intentar vivir, con capacidad, solamente, para desear estar muerto.

## Tictac

Ese tictac que escuchamos hace rato los dos. Ese tictac que silenciamos con el tuctuc de nuestro cabecero repicando en la pared; con el tictic de los zapatos pequeños por el pasillo, con el toctoc de unos nudillos en la puerta cuando esperábamos a alguien. Ese tictac formidable contra el que siempre obramos, y que ahora ya no suena, ha de andar por algún sitio. Nos cogemos de la mano y caminamos descalzos, atentos a los crujidos de la noche. Pegamos la oreja al carillón y ahí está. Un tictac débil. Exhausto como nosotros. Prisionero de su esfera.

Terreno impracticable

## Consejos de almohada

Aquella noche debía decidir si iba a abandonarla. Llegó a casa de madrugada y descubrió que su esposa se había quedado dormida en su lado de la cama. Se acostó en la mitad del colchón que no le correspondía. Echó de menos su almohada, gruesa y firme, gran consejera, y tuvo que pelearse con la de su mujer. Él amaneció temprano, dispuesto a ponerse el vestido rojo para la boda del sábado. Ella, extrañamente resuelta a huir con la joven amante que ignoraba tener.

## La ceremonia

Cuando oyó que lo habían visto bebiendo en un tugurio de la capital, supo que su espera había terminado. Se quitó el luto y anunció que entregaría su mano y su fortuna a quien le trajera antes de tres días el cadáver de su amante traidor. Más de cincuenta jinetes armados partieron hacia la ciudad con la codicia iluminando sus pupilas. El premio era apetitoso y la mujer, aunque madura, todavía despertaba el ardor de los aldeanos. Cuando el pueblo quedó vacío de hombres, la mujer se vistió de blanco virginal y reunió a madres y niños en la iglesia. Les dedicó una sonrisa de hiena y una amenaza entre dientes: “Ahora, lagartas, díganme cuál de ustedes fue la que engendró al bastardo de mi prometido antes de que huyera.” Las aldeanas temblaban y sus hijos, paralizados, no se movían. A lo lejos, el galope de los cascos de cincuenta caballos anunciaba el final de una búsqueda infructuosa. Y mientras, como una revelación, el rostro del amante surgió ante ella multiplicado en las caras de tantos niños silenciosos. A las puertas de la iglesia, los hombres oyeron un amargo sollozo. Después, empezaron los disparos.

## A quemarropa

Sabía que era una mujer bala y, a pesar de todo, apretó el gatillo. Ella se deslizó por el cañón del arma, atravesó su pecho y, de una caricia, le reventó el corazón.

## El tragasables

Echo de menos a mi mujer y a mis hijas. Y es que mi mujer y mis hijas son insustituibles. Amanda era trapecista y las niñas se dedicaban al contorsionismo. Yo, sin embargo... Yo soy un simple tragasables. Aquella tarde, cuando llegué a casa, las encontré enfadadísimas. “¡Nosotras también queremos ser tragasables!”, exigieron. Sobra decir que traté de disuadirlas. Ellas estaban empeñadas en que por mucho que volaran sin red o se retorcieran, nunca podrían despertar la misma fascinación que El Gran Devorador de Acero. Qué otra cosa podía hacer. Extraje las espadas de sus fundas, les di las instrucciones precisas y las hice arrodillarse sobre la alfombra.

## Tonta. Tarta. Tonto

La tonta de mi mujer dice que está preparando una tarta de aniversario. Una tarta sorpresa, dice. Y yo me lo tengo que creer. ¡Ja! Mi mujer cocina fatal y no va a cambiar ahora. ¿O sí? Lo cierto es que lleva dos días batiendo huevos, que la tarta crece y que ¡oh, Dios mío!, espero que no pretenda salir de dentro vestida de conejita celulítica. “No, cariño. Tú serás la sorpresa”, me tranquiliza, me introduce en el pastel y me hace rodar hasta el centro de la fiesta. Ha llegado el momento. La gente brinda y yo empujo la tapa. Pero la tapa no cede. Los invitados tienen hambre. Los invitados clavan sus cuchillos y me cortan en la oreja. Entonces caigo. Tengo que salir de aquí. Tengo que empujar con fuerza. Tengo que avisarles que la tonta de mi mujer ha puesto engrudo en vez de crema.

## Virgen

Liberado del bastón blanco, el hombre ciego se recuesta en la cama junto a la muchacha. Su barba recia contrasta con la suave melena femenina, empapa el olor que ella desprende e imagina sus curvas.

Tumbada junto a él, la joven parece una niña, duda, es la primera vez que se ofrece a un hombre y el rubor de sus manos delata la timidez virginal. Entonces, olvida el bastón y el perro que custodia la puerta y, pudorosamente, apaga la luz.

## Mieles

Nunca una obrera experimentó tal placer. Jamás la reina. Ni siquiera al eliminar al macho que la cortejaba. Fue el zángano ése. El verano aquel. Consiguió el sumo placer sin merecerlo: bebió el néctar de la flor del desierto. Flor de pétalos negros y rizados escondida en la entrepierna.

## Los narcisos de Evelyne

Evelyne poseía un coño espectacular. Cada vez que un hombre gateaba por el carril central de sus piernas y se asomaba a su pubis, aullaba de pura emoción. De muchacha, cuando un novio se quedaba paralizado a las puertas de su sexo y empezaba a temblar y se agarraba a sus muslos igual que a la vagoneta de una atracción de feria, Evelyne reía. Luego dejó de reír. “¡Vamos, capitán! ¡Adelante, tigre!”, los azuzaba. Como si no supiera que la tragedia ya estaba en marcha. Que el embeleso místico, la admiración estética o quién sabe qué proceso ya estaba arruinando cualquier posibilidad. Probó con peluqueros y con enterradores, con labriegos y con trapecistas, con hombres de proverbiales vergas y hasta con Simón Reynaldo Aguas, domador de serpientes. Nada. Alharacas, salmodias, carcajadas histéricas y, a lo sumo, algún silencio conmovedor. El asunto de la cópula que, al principio, carecía de importancia, se fue transformando poco a poco en una obsesión. En una meta. En la única razón por la que Evelyne se ponía en pie cada mañana. No era amor lo que buscaba sino una polla sin contemplaciones. “¡Cobardes!”, los insultaba. “¡Idiotas!”, golpeaba almohadas, playas y encimeras. ¿Qué era lo que los hombres veían en su sexo? ¿De dónde provenía ese arrobó que les hacía retraerse como lenguas de mariposa? “¡Describémelo!”, comenzó a exigirles. “¡Es la vivita imagen del rostro lacerado de Santa Emilia!”, cayó de rodillas un monje. “¡Es la madrecita de todos los aguacates!”

lloró un campesino. “¡La cerradura de mi prisión, es!”, mostró su llave el preso. Harta de tonterías, Evelyne tomó un espejito, lo colocó entre sus muslos y lo que vio no fue un fruto ni una celda. Fue algo real. Orgánico. No, un sueño. No, una proyección. No, lo que los hombres querían ver.

## Margaritas

Te quiero, mucho, poquito, nada. Ay. Uno, dos, tres, cuatro.  
Te quiero, mucho. Cinco, seis. Pétalo que se resiste y tirón  
bestial y la madre que te. Poquito, nada. Siete, ocho. Marga-  
rita interminable. Flor deshojada a punta de pinza y dolor.  
Margarita sin pelos. Pubis trasquilado. Te quiero.

## Amorgasmo a mano

Mi marido y yo practicamos sexo en la cocina porque en nuestro dormitorio duerme el bebé y porque en el salón, se pone todo hecho un asco. No acostumbro a perder el tiempo. Mientras él me penetra, friego los platos, abrillanto las sartenes y escarbo en las juntas del alicatado. Él sigue a lo suyo y a mí se me hace tarde. Abro la nevera y mi mano escala los estantes, sorteando los yogures, acaricia quién sabe qué: lichis de Madagascar, frutos exóticos, mermelada de maracuyá. ¡Aah!

## Comunicación no verbal

—Te quiero. Dijo ella.

—Yo también. Contestaron mecánicamente los labios de su marido, por primera vez con palabras en lugar de con una tímida mueca. En ese instante, ella tuvo la certeza de que él había dejado de amarla.

## ¿Despecho?

*A Andrés Neuman*

He bajado exactamente los dos kilos de peso que él necesitaba para enamorarse de mí. Él, en cambio, no sabe que, entre las palabras que ha perdido, están esas dos que a mí me hacían falta para empezar a quererlo.

## Traición

En la plaza de la aldea, el duelo ya ha empezado. Los padrinos comprueban las pistolas mientras los dos contendientes se miran en silencio. Uno es el marido; otro, el amante. A ambos se les prometió amor eterno. En una esquina, ella aguarda al vencedor sujetando su sombrilla con aire altivo. Las armas están cargadas y los hombres cuentan uno, dos, tres pasos. Disparan al unísono. Y un cuerpo cae al suelo, sin ruido. Nadie recoge la sombrilla que, huérfana, se pierde rodando entre las dunas.

## Juramento

“Si no te casas conmigo, haré que me entierren viva”, juró la muchacha. Su amante se rió de ella. La joven compró un ajuar negro, pagó al enterrador e hizo correr la voz de su muerte en vida. El pueblo entero se puso de duelo, pues no les sobraban las chicas bonitas. El día del funeral la iglesia se llenó y, uno a uno, los vecinos circularon ante el ataúd abierto para despedir a aquel hermoso cadáver que respiraba profundamente. El amante fue el último y arrojó con sorna una flor al interior de la caja, dispuesto a seguir el juego hasta el final. El cura pronunció un breve responso, hubo lágrimas y, por fin, el ataúd fue trasladado al camposanto. Los asistentes miraban rencorosos al muchacho mientras la tierra caía lentamente. Por fin, cuando la fosa estaba casi llena, el joven se lanzó dentro gritando con horror. “¡Me casaré contigo!”, chilló mientras escarbaba como un gusano, abriéndose camino hacia su amada. Apenas podía respirar cuando sus manos golpearon la tapa de madera, que le devolvió un sonido hueco. Mientras, desde arriba, la tierra seguía cayendo.

## Serás más lista

Cuando aún estaba en la cuna, su madre presagió: “Tú harás de esta casa un lugar mejor para nosotras, conocerás a los hombres y serás más lista.” El hijo del campesino trató de seducirla con coles y patatas: “Si quieres algo de mí, debes traer mejores obsequios.” Desde entonces no le faltó nada. Cada día más hermosa, ondeaba la melena azabache y, a sus pies, caían rendidos carpinteros, abogados, doctores, ministros, que desesperados por robarle un beso, convirtieron la casucha en un palacio. Durante toda su vida desechó a los hombres cuando ya no tenían más que ofrecer. Incluso, en el lecho de muerte, hizo llamar al enterrador. Iba a sepultarla en un cajón corriente. “No pretenderás que yo descansa ahí”, le recriminó. El hombre guardó silencio y malgastó su fortuna en el mejor ataúd. Ella consiguió, por última vez, envolverse en raso y alhajas.

## Amor, ¿juegas a los piratas?

Dejo un mapa en la caja de música que hay en tu mesilla. He trazado las pistas, los símbolos, las trampas. La cruz que marca el lugar donde se encuentra el manzano. He cavado profundo, más hondo que una tumba. Y he guardado mi vida en una caja, envuelta con desvelos en papel azul cobalto... Por si te lanzas a recorrer el mundo. Por si cavas debajo de todos los manzanos. Por si algún día decides salir en busca del tesoro.

## Anhelos

Soñó con una mujer perfecta y, al amanecer, descubrió aterrizado que, en lugar de su esposa, aquella criatura dormía entre las sábanas. Ahora viven juntos, él complaciendo caprichos y deseos ante el temor de que un día sea ella la que sueñe con un hombre perfecto.

## Ecuación imperfecta

En su cuaderno de matemáticas, la adolescente dibuja un corazón y se lo enseña al profesor. “Buen trabajo, son dos elipses perfectas”, dice él, y le pone un diez. Ella llora pensando que él nunca sabrá que le quiere. Él sufre, porque no tiene otra forma de decirle que la ama.

## Embalajes

Los niños desenvuelven los regalos. Arrojan el interior al fuego y se divierten con las cajas. “¡Caja pirata!”, gritan. “¡Caja caballo!”, juegan sobre la arena. Yo los miro y me alegro. Tú me miras y te enfureces. Te quemas los dedos en la hoguera y bramas por el dinero que te gastaste, por mi frivolidad, por no sé qué molestias, por no sé qué. No sé qué dices, mi vida. Tus manos tienen diez alas. Tu cabello anuda porciones de aire. Eres hermoso y abres y cierras la boca. Abres y cierras la boca y esgrimes ante mí complejas expresiones, palabras atornilladas, engranajes sofisticados que, sinceramente, amor mío, yo voy arrojando al fuego.

## Pretérito indefinido

*A Oliverio Gironde*

En la distancia que puede haber de un vagón a otro, se miraron. Se gustaron, se amaron, se juraron, se alejaron. No olvidaron. Vivieron, amaron, sufrieron, perdonaron. Recordaron. Se buscaron, se encontraron, se miraron, se desengañaron. Olvidaron.

## Adiós

Sentados frente a frente nos separa una mesa. “Han florecido los cactus”, le digo. Pero él no me contesta. Él se concentra en la vibración de sus párpados. Un traqueteo que impulsa sus ojos hacia sus orejas. Como si su cara fuera un tablero con dos canicas que yo acabara de golpear. Cesa la trepidación e inspira el aroma de su taza. “Café del bueno”, sonrío. Trato de tender un puente cuando el vaho ya ha conquistado su nariz. Sus orificios se dilatan, se disgregan y comienzan a fluir en sentido contrario. “Se te está poniendo cara de pez”, bromeo. Él levanta la vista y creo atisbar una salida de emergencia en el gesto que dilata sus labios. No. No es risa, es un hilo. Su boca es una hebra que se evapora. Sus ojos fugitivos huyen del frontal y las cavidades de su nariz se acoplan a sus huecos auditivos. Por el centro, allí donde a primera hora despuntó un tabique nasal, descienden en torrente sus cabellos. Lo sé. Estoy hablando con una cabeza vuelta, con una espalda, con un hombre que mira por la ventana a los niños que juegan al escondite.

## Trasplante

A la viuda del escritor se le hace menos dura la existencia desde que sabe que, en otro cuerpo, en alguna otra aldea, quizá junto a otra esposa, los ojos de su marido siguen vivos, devorando algún libro.

## Fantasma

*A Brasca,  
que está en todos mis cuentos  
A Arreola, el origen*

### I

El hombre que amé se ha convertido en un fantasma. Como aún lo amo, le hago creer que me arrebató, que me extirpa la vida cuando, etéreo, estrecha mi cintura entre los fogones. Si me estremezco lo atribuye a su excelente aparición, si lo conmuevo pretende que es por haberme arrancado un sobresalto. Yo dejo que lo crea. Necesita aparecer porque me ama y yo sigo gritando cuando me encuentro su reflejo en el ventanal o cada vez que irrumpe en el humo de la olla. Sé muy bien que seremos felices mientras dure su fe en que yo soy el lugar de las apariciones.

### II

A ella le gusta que me aparezca. A mí no. A mí me gustaría flotar libremente por la casa, sin necesidad de sorprenderla por los rincones pero, claro está, ella me gusta, incluido su gusto por mis apariciones. Ella se engaña, cree que lo hago por au-

téntico amor y por eso me ama aun más, ama el fantasma que hay en mí. En realidad me aparezco por etiqueta, por tradición. Y así pasamos los días, ella esperando encontrarme. Yo aguardando su espera. Lo nuestro es algo común. Somos felices.

## Cielo y agua

*A Pau*

El hombre nada como un cóndor que planea y siente que el agua adquiere la densidad de un aceite, que envuelve y suspende su cuerpo. Después de nadar, su apetito se ensancha como el mar abierto por sus brazadas. A su lado, la mujer revolotea como un pez contracorriente. Una mañana, mientras se ducha, ella llega volando al baño y le enseña, cómplice, la pluma mojada descubierta entre las sábanas.

## Íntimo zoológico

### **Manos**

De entre todos los animales, tu mano: insólita araña de cinco patas. Bicho fácil de criar en cautiverio si un día logro atraparlo.

### **Cabellos**

Serpientes por cabello como castigo. Como premio, cuerpo hecho de orificios.

### **Uñas**

Diez escarabajos al límite de mis dedos. Diez afluentes en el páramo de tu espalda. Caudal que baja por tus piernas y que pinta de grana las veintiuna puntas de tu cuerpo.

## Mujer portátil busca

*A Rogelio Guedea*

Un hombre que me enseñe su nombre a besos. Hombre que escuche música donde sólo hay ronquidos. Hombre que encuentre sus llaves en mi bolsillo. Hombre árbol del que ser hoja y palabra. Un hombre que no sepa de dónde vengo. Que cuando diga mi nombre: llueva.

## Falsas apariencias

Y entonces llegaron los niños. Esos que son la bendición de todo matrimonio. Éramos tan felices. Pero nació Laurita con sus alergias estacionales; Pedro y su vandalismo escolar; María, que aterraba a los vecinos con sus berrinches. Por la noche te veía caer agotada entre las sábanas, tras una jornada llena de enfados y reproches, y añoraba los tiempos en que hacíamos el amor y bailábamos en la terraza. Te sugerí que nos fuésemos solos de viaje, pero me llamaste egoísta y no quise hablar del tema. Y luego estaba aquella vecina tan guapa que me rondaba a todas horas. Vino una tarde a pedirme sal. Antes de darme cuenta, los dos rodábamos por la alfombra como animales en celo. Cuando se desnudó, tomé conciencia de mi error, no podía engañarte así. Le pedí que cogiera su ropa y se marchara, con suerte aquello no pasaría de simple anécdota. Y entonces llegaron los niños.

## Tareas del hogar

*A Rosa Beltrán*

Tiende la cama, pone la lavadora, lava los platos, zurce calcetines, friega el suelo, plancha, hace la comida, limpia cristales, prepara la mesa, recoge su bolso, se pone el abrigo. Lo abandona.

## Cuenta atrás

Llama a la costurera y le exige máxima minuciosidad. Supervisa su trabajo. Cada detalle cuenta. Fiscaliza hilos. Señala ojales y costuras invisibles. Por fin, las camisas quedan tal como ella quería. Manda a que las planchen, pero se ocupa personalmente de organizarlas sobre la cama de matrimonio. Descosidas a la perfección, lucen, por un lado, las mangas. Por otro, los cuellos y delanteros. En una pila los bolsillos y en otra, los puños. Una última, para las espaldas y canesús. Los botones y gemelos forman una montaña aparte. Y los hilos son minúsculas lombrices que inundan la habitación. La mujer sonríe y se lleva un botón como recuerdo.

## La costurera

*A mi hermana Sara*

El soltero más rico de F. organiza un baile para elegir esposa. Las muchachas se alegran, luego se alborotan, al final intercambian miradas de odio al cruzarse en la puerta del taller de costura. Todas quieren ser la más linda, pero la más linda tiene los ojos cansados de tanto trabajar. Encerrada por su madre en la trastienda del taller, contempla impotente las bellas plumas, los tocados y las sedas que lucirán sus vecinas en la esperada fiesta. El día señalado, las jóvenes de la aldea desfilan ante el anfitrión con sus mejores galas. Pero, ay, a una el vestido le queda estrecho, a otra se le tuerce la falda, a esa de allí le estalla el corsé. Entre tanto adefesio, el heredero espera a una belleza que nunca llega. Se ajusta el chaqué y entonces ve con horror cómo todos sus botones caen al suelo rebotando cual canicas. “Que alguien llame a la costurera”, ordena al mayordomo. Y el resto, como ustedes saben, ya es historia.

## Despecho

La monja conserva en una caja su melena junto a la foto de su antiguo amor. Algunos domingos, en la quietud del mediodía, la peina y la usa de peluca, dejando que el sol acaricie el pelo rubio de antaño. Sin que la vean, se maquilla y se pone un viejo vestido que convierte en sinuoso su cuerpo enjuto. Entonces, transformada en la muchacha que fue, camina hacia la aldea, donde inevitablemente se cruza con él: más viejo, más calvo, la esposa gorda amarrada al brazo y los niños correteando a su alrededor. Él parpadea al verla, como ante una aparición, y esboza una sonrisa bobalicona mientras se levanta el sombrero para saludarla. “Los años no pasan por usted”, suspira nostálgico mientras la esposa calla ultrajada. La monja sonríe con frialdad y apura el paso, como si acudiera al encuentro de un marido inexistente. Y así, sintiendo en su espalda la mirada arrepentida del hombre que la abandonó, aún a fuerzas para retomar un año más de clausura.

## Esposa

*Con Ismael hasta donde el tren nos lleve*

Él, que una vez, apretando el puño, juró comprimir el carbón para fabricarle diamantes. Él, sesenta años más tarde, se yergue apenas dentro del vagón en marcha. Una mano asida a la barra vertical, la otra, apoyada en el respaldo y cuando el vehículo frena, soltar ambas como lanzarse desde un trapecio. Es decir, saber, pero nunca saber del todo, que ella lo recogerá y alcanzarán la salida. Ella, que jamás le pidió un diamante por no humillar su puño.

## Aniversario

*A Juan Rulfo*

“Cincuenta años, ya”, susurra con emoción el anciano al esqueleto ennegrecido de su esposa.

## Lo irremediable

Los ancianos se tumban en la cama. El viejo, porque le toca. Y la vieja, porque siempre le gustó hacer todo con él. Han encendido la lumbre. Aunque hace calor. El tiempo se resiste, tarda en venir, y el aire de la habitación es tan denso que se podría cortar con tijeras. Los ancianos se abrazan largamente, conversan entre susurros. Ríen, se acarician, suspiran. De sus cuerpos brota un olor azucarado. Así los encuentran, semanas más tarde. Pegados, confundidos, derritiéndose.

## Adelante

Él se dispuso a abandonarla cuando paseaban por la estación, pero ella fue más rápida. Ella saltó al tren en marcha, corrió por los pasillos y todavía llegó a tiempo para besar al extraño sentado junto a la ventanilla. Su prometido la contempló desde el andén, la locomotora arrancó y ella nunca volvió a saber de él. Ahora, en mitad del desierto donde encalló ese tren, casada con el desconocido al que abrazó por despecho, ni siquiera tiene la certeza de que él fuera a abandonarla. Los niños tiran de su falda y ella mira hacia el punto donde convergen los raíles a la espera de que alguien le traiga noticias de aquel tiempo, de aquella tarde en que él quería abandonarla y ella no podía soportar ese dolor. Un caminante sediento se acerca por el horizonte. Ella le sirve agua y una pregunta. “Por supuesto que lo conozco”, contesta el hombre, pero cuando comienza a hablar, la mujer toma en brazos a sus hijos y huye. Sabe que tampoco podrá soportar el dolor de haberse equivocado.

Traviesos

## Semillas del desierto

Esas hormigas que pululan afanosas alrededor del esqueleto del tren; esos puntitos que saltan como gorriones entre los raíles, llenando los vagones con su olor a miel y azúcar, van cobrando forma a medida que los buitres descienden sobre ellos en círculos cada vez más estrechos, atraídos por sus risas de agua.

Son niños de ojos oscuros y siluetas de alambre, capaces de enroscarse en los huecos más insospechados. Aprenden a dar sus primeros pasos en la arena, hundiendo los pies entre alacranes y culebras. Pero que nadie se deje engañar por sus sonrisas, pues detrás de esas caritas redondas se esconden guerreros implacables, domadores de monstruos e intrépidos equilibristas de tierra firme.

La mayoría sólo ha visto el mar en antiguas fotografías color sepia, pero son capaces de dibujar sin equivocarse las escamas de cada una de sus criaturas. Se mueven en un universo distinto al nuestro, una niebla caprichosa que no hace distinción entre la fantasía y el azote del maestro, la travesura y la atrocidad, el beso del bien o la serpiente del mal.

Y aunque han tergiversado con su malicia el orden de los cuentos que les enseñaron sus madres; a pesar de que sus únicos juguetes son las piedras resacas de las dunas, nosotros no podemos más que envidiarles. Y es que quién podría imaginar un patio de juegos mejor que ese tren oxidado, cueva de las

maravillas, tesoro de Alí Baba, que oculta en sus entrañas los secretos y las miserias de esta aldea innombrable.

Así pues, dejémosles que jueguen, ahora que la oscuridad aún no ha cubierto de negrura los vagones. Dejemos que hilen sus sueños antes de que la edad adulta venga a devorarles. Porque algún día la vida se extinguirá en F. El último habitante morirá, el desierto enterrará los vestigios del pueblo y sólo perdurarán los pequeños fantasmas. Niños de agua y sombra que juegan en las dunas convertidos en ráfagas de viento, soplando sobre los montículos de arena, despejando los raíles oxidados, para presenciar la llegada de ese nuevo tren que, cargado de pasajeros incautos, se acerca rápidamente por el horizonte.

## Juegos

A los niños de F. les gusta jugar al escondite entre los vagones del tren enmohecido. Sus risas reverberan en las paredes de metal, y el eco de sus voces devuelve una vida momentánea a su esqueleto de óxido. Uno cuenta hasta cien, mientras los demás se ocultan, excitados. Los asientos crujen cuando se encaraman a ellos, las puertas gimen de dolor al abrirse, los coches cama se bambolean bruscamente bajo el trote de los pequeños pies. Se pone el sol mientras exploran cada vagón entre cuchicheos de miedo. Son tantos que no saben contarse, ni conocen todos sus nombres. Si la noche cae, los niños abandonan el juego, dejando atrás huecos sin registrar. Y así ocurre que, mientras en alguna casa de la aldea queda intacto un tazón de sopa, el tren recibe a un nuevo pasajero que se une con tristeza a su tripulación invisible.

## Bisutería

En los vagones abandonados del tren, los niños compiten a ver quién caza más bichos. Auténticos trofeos de guerra. Las lagartijas mueren por docenas, las matan a pedradas con hondas hechas de palo y tiras de neumático. Pierden la vida arañas, alacranes, toda clase de insectos. Pero la mayor recompensa la dan los murciélagos. Las chicas ofrecen un beso por cada animal vivo, que luego exhiben, coquetas, como lazos para el pelo o prendedores. Es bonito ver a los murciélagos, con las alas extendidas, agarrados por las uñas o los dientes a sus pechos de niñas. Engancharlos hace un poco daño, dicen, y la sangre mancha sus vestidos. Pero ellas se pavonean, hasta que el animal afloja y cae al suelo. No les gusta el sol, aseguran los niños y corren, animados por la promesa de otro beso, a seguir la cacería.

## El guerrero

El niño moja sus dedos en la mancha húmeda de óxido y tatúa en sus pómulos dos franjas. Sigiloso, aparta las ramas, mide la distancia con el animal. Lleva días siguiéndolo, observando su forma, aguardando que se aleje del grupo. El joven es una más en las sombras de la jungla, otra criatura acechante, un corazón que se desboca cuando huele el rastro de la presa. Se conocen. No necesitan verse. Están ahí, esperándose. Cuando está a punto de abalanzarse sobre la bestia, cuya derrota lo convertirá en hombre, el grito lo atraviesa como una flecha: “A merendar.” El espíritu del guerrero yace en la explanada de tierra seca que hay junto a la casa, mientras el chico, cabizbajo, mordisquea una manzana.

## Inmortal coleóptero

*A mis hijos, capaces de apresar el tiempo*

El niño atrapó un escarabajo, lo metió en una caja de cerillas y lo guardó en su bolsillo. Al atardecer, cuando los suspiros y no las palabras; cuando el viento arranca por sorpresa un sombrero, oíamos con nitidez el golpeteo del animal cautivo. “Enseñanoslo”, le pedíamos. El niño tiraba de una cuerda atada a su bolsillo, extraía la caja y deslizaba la tapa. Cómo explicar el desconcierto que todavía me provocan las asimétricas antenas de todos los relojes.

## El escondite

*A Marc*

En un vagón vacío esconde el niño a su araña. Es un bello ejemplar de tarántula, de patas peludas y negras, con pinzas que chasquea melodiosamente siempre que su dueño le trae un manjar. A veces son pequeñas moscas que atrapa por la casa, otras, un lagarto viscoso o una rata muerta que ella envuelve delicadamente en su red antes de iniciar el banquete. El niño enseña a la araña a trepar por su espalda y a posarse en su hombro. Por las noches la saca a pasear por las vías, para que conozca su hogar. Pronto ella crece hasta volverse demasiado pesada, pero él inventa juegos nuevos. Su favorito es el del escondite. Cada tarde, él deja entreabierta la puerta del vagón y le susurra que espere, que cuente hasta cien. Y así, la araña acecha, hambrienta, mientras oye acercarse, poco a poco, el eco de otros pasos infantiles.

EDR

## El viaje

Como llevaba rato sin oír a los niños, me acerqué a espiarlos. Habían construido un cohete con dos sillas y una sábana, se habían metido dentro. Me llamaron la atención sus cascos. Marina llevaba un cubo pintarrajeado; Juan, una caja de cartón y Sergio, una canasta. Se comunicaban por medio de vasos de plástico, pero hablaban bajito porque temían que yo los descubriera y les obligara a abandonar su viaje. “¡Aterricen, estudien, recojan sus juguetes!”, debí decirles. Entonces no quise importunarles y ahora no sé si obré bien. Pasan los días. Crecen. Dentro de su cápsula, cada vez les cuesta más encontrar postura.

## Las muñecas

Mi hermana mayor no me deja jugar con sus muñecas, dice que son perversas. Tiene muchísimas, todas ordenadas encima de su cama. A mí me parecen muy bonitas. Mi hermana es una egoísta, por eso las amigas no le duran mucho. Así que, de vez en cuando, me cuelo en su habitación y juego con las muñecas. Son preciosas, con su piel de porcelana y sus vestidos de colores. Las peino y hablo con ellas durante horas. Ayer me entretuve tanto que me dormí mientras jugaba. Desperté en brazos de mi hermana, que lloraba lágrimas enormes. “Te dije que no te acercaras a ellas”, gimió. Su cama me parece gigante ahora. Mamá aún me sigue buscando.

## La sonrisa

Las muchachas la bañan entre risas. Quieren limpiarla de polvo, de olores y de sudor. Le lavan el pelo y se lo cepillan una y otra vez. Pintan sus uñas, manos y pies, y con el lápiz rojo, dibujan una sonrisa en su boca, para que esté lista cuando llegue el momento. Está más guapa que antes, cuchichean, mientras ella permanece con los ojos cerrados. No olvidan los pendientes ni la cadenita con la santa del pueblo. Y las flores, que no pueden faltar. Cuando terminan, languidecen y lloran. Han hecho tan buen trabajo que parece que la niña está viva.

## La coleccionista

Una niña coleccionaba arena. Aislaba cada granito, lo cogía con una pinza y lo guardaba en un vaso de vidrio. Miles de átomos de coral, cientos de pizcas de nácar y quién sabe cuántas partículas de cuarzo geminado albergaban sus recipientes. La gente venía de lejos a contemplar su exposición. Ella les asignaba un número y ellos transitaban los pasillos hasta que de repente, pegaban la nariz a tal o cual vaso y acariciaban extasiados la superficie del cristal. “¿Qué les ha parecido?”, les preguntaba al salir. “Son unas vasijas preciosas”, contestaban los visitantes. La niña apuntaba en su cuaderno: “trescientos cuarenta y un mil”. Era magnífica su colección de idiotas.

## Fantasma pequeño

*A Nicolás,  
que siempre quiere jugar conmigo*

El niño se cubre con la toquilla y agita los brazos, ululando. Se mueve con pasos inestables que me descubren su ternura. La habitación se llena de risas hasta que, de un tirón, retiro la manta y un profundo vacío queda donde se agitaba su cuerpo. Desde entonces, se me aparece de noche, ululando, jugueteón, ahuyentando con sus manitas mis pesadillas.

## Destino

Alentadas por la penumbra, las hermanas deciden gastar una broma a la quiromante e intercambian sus manos sobre la mesa.

—Vivirás cien años —dice la anciana a Jacinta mientras palpa la mano de Lorena.

—Morirás joven —dice la anciana a Lorena mientras palpa la mano de Jacinta.

Las hermanas pagan, las hermanas salen, las hermanas cruzan un paso a nivel y un tren las arrolla. Tal y como predijo la quiromante, Lorena muere y Jacinta no. El destino, como bien saben ustedes, no está sólo en nuestras manos.

## El funambulista

Camina con decisión sobre el metal, es la única forma de no caer al vacío. Esta vez ha decidido hacerlo sin red. Es sólo un niño, pero sabe que el público necesita emocionarse, sufrir cuando sus pies vacilan sobre la cuerda floja. Está en el punto más peligroso. Suda. Balancea los brazos, equilibrando el cuerpo, antes de realizar las piruetas más difíciles: caminar de espaldas, cerrar los ojos, hacer malabarismos con cinco manzanas. Cuando termina abandona el raíl oxidado que hace las veces de cuerda y, en el empedrado del desierto, saluda con una inclinación. Se deja mecer por los aplausos de pernos, tuercas, chatarra. Tren desvencijado que ruge conmovido ante el espectáculo.

## La carpa

De lejos, parece un barco encallado en pleno desierto. De cerca, un castillo fofo cuya bandera no ondea. Huele a orín de tigre, a vapor de tragafuegos. El niño se acerca para comprobar que no se trata de un espejismo, y toca la carpa que se arrastra como una lengua. No ve a nadie, no escucha nada. Levanta la lona y, ante él, se abren las fauces de dientes metálicos alineados en gradas. Luces, colores, chasquidos y gritos que brotan desde el centro de la pista. Un remolino de acróbatas, funambulistas, domadores y fieras, enanos, tragasables, hombres bala, escapa por la pequeña grieta que ha abierto el niño, provocando una tormenta.

## Agua

Hay en el desierto una hondonada de grietas donde una vez existió una laguna. Allí se dirige el niño todos los días al salir de la escuela. Se sienta en el borde y lanza piedras que rebotan en el fondo, se tumba a escuchar el zumbido de los insectos. A sus compañeros les jura que por las tardes se oye el susurro de las olas y el quejido de las gaviotas. Su madre menea la cabeza con disgusto cuando le regala matojos diciéndole que son algas marinas. Si insiste en que la laguna alberga bellas criaturas subacuáticas, recibe azotes y el sermón del profesor. A pesar de todo, cada noche el niño se duerme feliz, aferrado a un inexplicable collar de caracolas, con el cuerpo oliendo a pescado y la huella de unos labios escamosos en sus mejillas.

## Secretos I

*A Karin*

Sin que nadie la vea, la niña de la melena formidable va hasta el pozo y se zambulle. Nada como un pez y sus rizos se expanden como culebras. La niña medusa va hasta lo más profundo, donde rompen las olas y galopan los caballitos de mar. Cuando remonta el agujero, ayudada por sus alas de sirena, se tumba al sol para secar las escamas de plata. Una vez a la semana, la madre de la niña le desenreda el pelo. Y prefiere no preguntar cuando, de entre la espesura, ve salir trozos de algas y redes, cangrejos, caracolas. No pregunta porque no sabe lo que son. Nadie conoce el mar en el desierto.

## Agua

Hay en el desierto una hondonada de grietas donde una vez existió una laguna. Allí se dirige el niño todos los días al salir de la escuela. Se sienta en el borde y lanza piedras que rebotan en el fondo, se tumba a escuchar el zumbido de los insectos. A sus compañeros les jura que por las tardes se oye el susurro de las olas y el quejido de las gaviotas. Su madre meneaba la cabeza con disgusto cuando le regalaba matojos diciéndole que son algas marinas. Si insiste en que la laguna alberga bellas criaturas subacuáticas, recibe azotes y el sermón del profesor. A pesar de todo, cada noche el niño se duerme feliz, aferrado a un inexplicable collar de caracolas, con el cuerpo oliendo a pescado y la huella de unos labios escamosos en sus mejillas.

## Secretos I

*A Karin*

*Sin que nadie la vea, la niña de la melena formidable va hasta el pozo y se zambulle. Nada como un pez y sus rizos se expanden como culebras. La niña medusa va hasta lo más profundo, donde rompen las olas y galopan los caballitos de mar. Cuando remonta el agujero, ayudada por sus alas de sirena, se tumba al sol para secar las escamas de plata. Una vez a la semana, la madre de la niña le desenreda el pelo. Y prefiere no preguntar cuando, de entre la espesura, ve salir trozos de algas y redes, cangrejos, caracolas. No pregunta porque no sabe lo que son. Nadie conoce el mar en el desierto.*

## Secretos II

Hay en el océano una grieta profunda, un agujero sin fondo que se asoma al desierto. Cueva secreta, reservada para las criaturas valientes, por la que cada tarde escapa la niña pez, arrastrando su melena de algas y caballitos de mar. Al otro lado del túnel, en la orilla seca, el niño espera impaciente los tesoros, caracolas eternas, cuentos de agua, pequeños crustáceos que ella trae prendidos al cabello. Un juego de intercambios que permite a la sirena sentirse humana, y al chico recibir el verdadero regalo, un beso de mar en la mejilla.

## Lecciones de geografía

El castigo, la vara, la ira. Y el niño, dientes como perlas apretadas, ojos acuáticos, palmas de coral, agarra la tiza con dificultad y escribe cien veces en el pizarrón: no existe el mar en el desierto.

## Cuaderno de campo de un niño prodigio

Es cierto que el sapo, carente de hueso entre la boca y los ojos, parpadea al engullir su alimento y lo impulsa con sus globos oculares hacia el estómago. No descartemos, sin embargo, otro fenómeno biológico igualmente propiciatorio de este hecho: el placer de observar, tripas adentro, la lenta deglución de las presas.

## El mapa

Es sólo un niño y ya tiene la piel cuarteada por el sol, la arena y el viento. Su cara es un retazo de mapa del desierto, en el que los niños del pueblo repasan las lecciones de geografía. Pero el chico sabe que hay algo más y cada noche, frente al espejo, inspecciona su rostro. Busca una señal, acaso una cruz, la marca en el mapa que le muestre el tesoro.

## La sustituta

A los niños de la escuela no les gusta la nueva maestra. Preferían a la antigua, pero no volverá. Así que ponen todo su empeño en boicotear a la sustituta. Le esconden los libros, le inventan motes, colocan chinchetas en su silla. Cuando terminan las clases, la mujer necesita invariablemente beberse una tila para controlar el temblor de sus manos. Hasta una tarde en que los alumnos, pletóricos, descubren la caja donde guarda sus infusiones y sustituyen el contenido de las bolsitas por aberrantes mejunjes. Al día siguiente, suena la campana y los niños permanecen quietos en sus mesas. Angustiada, la sustituta se prepara una tila doble, la bebe y cae al suelo echando espumarajos por la boca. Ante su cuerpo inerte, los niños entran en pánico y arrastran el cadáver al patio. Un mes después, llega la nueva maestra. Los niños la detestan, en eso están de acuerdo. Preferían a la antigua, pero no volverá. Los árboles de la escuela cada día crecen más altos.

EDR

De cómo Adán no conquistó a Eva,  
en su empeño por perseguir a una  
princesa de cuento  
(Versión infantil)

En el patio de la escuela hay un manzano. El chico alcanza a coger las frutas. Elige la más hermosa y le saca brillo. La manzana resplandece, seductora, tentándolo a morder su carne roja. Pero él aguanta y recorre el patio en busca de una niña con quien compartirla. Junto a los columpios, una chiquilla peina su interminable trenza y parlotea con otra que ha perdido un zapato. El chico se pasea ante ellas, sin éxito. Se acerca al arenero, donde otra, de piel blanquísima, juega a dar lecciones a siete muñecos. Lo intenta por fin con la niña rubia que, adormilada en el tobogán, espera un beso. Ninguneado, Adán se rinde y muerde la manzana. Sólo lo observa, golosa, ávida, la única pequeña que él ha ignorado. Criatura salvaje que, medio desnuda, pasa las horas de recreo conversando con un gusano.

## Paraíso perdido

El chico, cabizbajo, mordisquea una manzana bajo el árbol. La ha comido con el mayor cuidado posible y ahora, con el corazón en la mano, se lamenta. De serpientes, nada. Puras mentiras. Apenas un mísero gusano decapitado que, francamente, no le ha sabido ni a bien ni a mal.

## Caperucita

La madre puso a su hija un vestido rojo y le pidió que llevara una carta al prestamista. El hombre leyó el mensaje y sonrió a la niña. “Qué dientes tan grandes tiene”, pensó ella, mientras, a sus espaldas, él trancaba la puerta.

## La niña oscura

*A Ana María Matute*

La niña oscura comía humo y fumaba colillas. La niña oscura hurgaba en la suciedad. Pelo de alquitrán, mejillas quemadas y pies descalzos que soñaban con charol. A veces, miraba su reflejo sobre los vestidos planchados de los escaparates y se avergonzaba. Olían tan bien los muchachos que le tiraban piedras. Una tarde se marchó del pueblo y se tumbó sobre la tierra húmeda. Abrazó su color. La luna que siega la noche con su boca blanca no supo distinguirla. Mordió su negrura. Ni siquiera entonces, pálida como los otros niños, vinieron a ponerle vestidos nuevos.

## Ritos de paso

Cuando un niño de F. cumple doce años, sus padres lo llevan a ver al profeta. Es un hombre anciano, de edad incalculable, que vive en una gruta escondida en la arena. Allí medita y ayuna, esperando a que el desierto le descubra sus antiguos secretos. Los niños de la aldea, morenos y enjutos, pasan una noche en su compañía, escuchando sus enseñanzas con ojos muy abiertos. Al amanecer, regresan junto a sus padres, que desde ese momento les tratan como verdaderos adultos. Otras veces, si los niños son demasiado cobardes para soportar las revelaciones del profeta, huyen del pueblo y sus nombres son condenados al olvido. Son niños débiles, llorones, que no sirven para la dura vida del desierto. Niños torpes y gordos, que apenas saben caminar por las dunas sin tropezarse. Ah, el profeta. Cómo se relame al verlos llegar.

## Numeración incorrecta

*A Hipólito G. Navarro,  
que me sorprendió*

“Un día me compraré un caballo de estos. Rosa y con alas”, dice la niña y señala, en el libro abierto sobre sus muslos, la foto de un flamenco. El hombre, alentado por tanta inocencia, se quita la chaqueta, estrecha su acercanza y escarba los bordes de la hoja sesgada mientras le explica que alguien arrancó una página entre definición e imagen, que después del doce no viene el quince y que imagínate si Genghis Khan hubiera dominado Mongolia sobre un ave de tan frágiles patas. Como si la niña no supiera. Como si no apretara en su puño la hoja extirpada. Como si las cosas no pudieran ser de otra forma.

## El botón

En el fondo del ataúd había un botón negro. Le colgaba un resto de hilo, negro también. Al cadáver lo sacaron de ahí justo antes de la cremación. El cajón era demasiado pequeño y la familia pidió que lo cambiaran.

Nadie se fijó en el chico. Salieron detrás del muerto buscando un ataúd más grande. En la sala de la funeraria, rodeado de féretros vacíos, el niño sintió curiosidad y se asomó a mirar en la caja recién desocupada. Era como una inmensa caracola en la que podría escuchar el sonido del mar. Él buscaba un recuerdo, algo de ese señor que había muerto y del que ahora todos hablaban en voz baja. El fondo del ataúd era rojo y suave. El chico, sin pensarlo, se metió dentro y se tumbó boca arriba, silbando. De pronto notó que algo se le clavaba en la espalda. Era un botón.

Siempre boca arriba, jugueteó con el botón entre sus dedos, como haría un mago con una moneda hasta hacerla desaparecer. Entonces imaginó que se había caído de la camisa de la mujer que había venido al funeral. Él no la conocía, pero la había visto inclinarse y besar al difunto. Era linda, olía rico y llevaba un escote enorme. Al chico le habría gustado perderse en ese escote. Seguro que el botón se le había caído a ella: tenía el mismo olor.

Se incorporó y vio que la tapa del ataúd estaba a uno de los costados. Haciendo un gran esfuerzo, la levantó con las

dos manos, volvió a acostarse y la dejó caer con cuidado. Después, se quedó quieto.

Era como si lo hubieran encerrado con los ojos vendados. El cajón olía a flores, a madera y a piel de mujer. El chico respiraba deprisa. Incluso podía escuchar los latidos de su corazón. Y ahí, sin que nadie lo viera, se tocó por primera vez. Lo hizo con torpeza, sintiendo un inmenso calor. Luego tuvo frío, pero gotas de sudor le rodaban por la frente. Empujó con fuerza la tapa y saltó fuera. Le dolía el cuerpo. A pesar de la suavidad del raso, tenía la sensación de haber pasado toda una noche sobre los rieles del tren. Apretando el botón en su puño, el chico salió de la habitación y por un momento pensó si la muerte olería así.

## Mamá Gallina

El hombre siempre era amable conmigo y, en especial, con mamá. Nos traía regalos, comida, adornos para que ella se prendiera en el pelo. Cosas que mamá guardaba en un cajón. Hace un tiempo, me regaló un pollito que me seguía a todas partes. Caminaba pegado a mis pies, confundiendo mis tobillos con su mamá gallina. Mi madre atendía al hombre de los regalos en el porche, pero aquella tarde había algo distinto. Ella tenía los ojos grises, felinos, y lo dejó entrar, le permitió cruzar el salón, pasar al dormitorio y cerrar la puerta. El pollito caminaba pegado a mí y se paró conmigo delante de la puerta cerrada. No lloré. Agarré al animal que piaba a mi lado y, al estrujarlo, su corazón reventó como una ciruela madura.

## La cita

Cuando cumplen quince años, a los chicos de la aldea les quitan el pantalón corto, la raya en el pelo y la inocencia. Ese día, engominados y peinados hacia atrás, estrenan prendas de señor y acuden a su primera cita con la puta del pueblo. Basta una hora para que los niños se proclamen hombres y comiencen con sus pavoneos y alardes de macho. Mientras tanto, bajo las sábanas, la meretriz intenta ahogar la risa. Sabe que pasarán unos cuantos años hasta que el nuevo cliente sepa, de verdad, por lo que está pagando.

## Reencuentro

El olor de la sangre provenía de aquella casa, no había duda, aunque parecía abandonada desde hacía mucho tiempo. Receloso, olfateó las huellas frescas que alguien había dejado en el barro de la entrada. Perteneían a un pie delgado y firme, con un perfume inquietantemente familiar. La puerta principal estaba entreabierta y no pudo resistir la tentación de echar un vistazo. En un rincón de la sala halló el cadáver desmadejado de la anciana. Tumbado sobre un desorden de prendas rojas, sin duda era la fuente de aquel aroma tramposo que le había atraído hasta la aldea desde las profundidades del bosque. No había terminado de atar todos los cabos, cuando una risa maliciosa se dejó oír desde el dormitorio. Ella lo esperaba allí, su cuerpo blanco completamente desnudo y las trenzas rubias deshechas sobre la almohada. Sus pupilas amarillas se agrandaron al ver cómo la joven estiraba sus largas piernas, tentadora. “Acércate, lobo”, susurró, “ya no soy una niña”.

## Lo que quiero ver

Cada sábado, al amanecer, los chicos salen a escondidas de sus casas y se ocultan cerca del pozo. El corazón les salta en el pecho hasta que llega ella, Evelyne, la legendaria. La espían mientras coge agua y se frota el cuerpo desnudo con jabón de olor. Pero el momento que más ansían es cuando la mujer lava su pubis majestuoso, donde se dice que los hombres ven lo que quieren ver. Los niños se recrean cada uno a su modo. Uno dice que ha visto una araña gigante de diez patas. Otro, que de su sexo ve salir decenas de canicas de colores. Y alguno asegura que el pubis de Evelyne es un tobogán gigante. Pero hay un niño que siempre se aleja cabizbajo. Por qué yo no lo consigo, se pregunta. Y aun así, vuelve todos los sábados, con la esperanza de ver una cascada de caramelos, un tirachinas de plata, una pelota.

## La cena

Cuando la música del flautista cesó, la puerta de la gruta se hundió con estrépito y entonces los niños del pueblo despertaron en la oscuridad, rodeados por cientos de puntitos brillantes que se acercaban lentamente, ansiosos, husmeando el apetitoso aroma de la carne infantil.

## Cachorros

“¡El cachorro no!”, ordenó la madre. Extendió su rebozo sobre la mesa, puso algo de comida e hizo un hatillo. Tenían que huir antes de que llegaran los bandidos y las órdenes eran claras: en el carro sólo había sitio para la gente. Los perros debían quedarse en el pueblo, amarrados para que sus ladridos no delataran el sentido de la marcha. El niño ató un pedrusco a la puerta de su casa y, cuando ya de camino, su madre se volvió a mirarla, creyó ver al chucho tumbado a la sombra. Madre e hijo subieron al carruaje y el vehículo se puso en marcha. Un grupo de hombres lo seguía a pie, borrando con espinos las huellas de las ruedas. No habrían avanzado ni dos kilómetros cuando, en la distancia, comenzaron a oírse los disparos, el fuego, los aullidos de los perros abandonados y mucho más cerca, los ladridos del cachorro que el niño ocultaba bajo su manta. “¿De quién es?”, preguntó el jefe. “Es mío”, se puso en pie la madre. “Mujer, nos has puesto en peligro y como castigo, te quedarás aquí con el animal.” La mujer bajó del carro con el perro en brazos. “Que no ladre si quieres que el muchacho viva”, advirtió el jefe que apresaba con fuerza al niño gemebundo. Ella le sonrió con dulzura y en vez de estrangular a su cachorro, lo acarició hasta calmarlo.

Fue a las tres semanas, ya a salvo en el siguiente pueblo, cuando unos muchachos atisbaron un perro jugando entre la basura. Era oscuro y estaba flaco y aunque no podían asegurar que fuera el del niño, se lo entregaron.

—¡Ha venido a buscarte! —quisieron animarlo.

El niño agarró un pedrusco y aplastó la cabeza del cachorro que tanto había crecido durante los últimos días.

## Vidas minadas

“¿Papá, cuándo me crecerán otra vez los pies?”, pregunta el niño. Su padre le contesta que nunca, que jamás, que tiene que aprender a ser fuerte y que si vuelve a preguntar eso, lo abofeteará. El hombre alza su corpachón y camina hacia el cementerio. Todo el pueblo lo respeta. Todos simulan ignorar que, en un cofre, junto a la tumba de su esposa, el hombre riega todos los días los pies de su hijo.

## Proceso de escritura de un cuento de F.

*A Clara*

Amanezco cuando mi hijo canta como un gallo. Preparo café y, mientras él picotea las tostadas, me ducho. Una tormenta de espejismos empapa la sirena que soy. Con un sol abrasador, rodeamos el huerto, la laguna, el cementerio y, puntual, lo dejo en la escuela. Las horas de oficina pasan como un tren fantasma. Una mosca imita el vuelo del zopilote, dibujando círculos sobre las tijeras de mi escritorio, que hunden sus fauces en un *dossier*. A mediodía, almuerzo con el tragasables y telefono a mi marido, que está ocupado maquillando cadáveres. De vuelta a casa, conduzco la locomotora entre el tráfico, evitando las vías muertas. Me detengo en el súper a comprar tampones y, en el estante, una muñeca de porcelana me enseña la grieta que lleva al océano. Huele a sal. Cenamos. Acuesto al niño. Anochece en el desierto y es tiempo de escribir cuentos de aldea. Cuentos que brotan de mis dedos. Dedos que telean alguna historia sobre mujeres con imaginación.

TS

## El otro lado

Dentro del armario descubrió el lugar en el que comienza el mundo. Despavorido, el niño dio un portazo y ya nunca supo qué lado de la puerta había cerrado.

## Índice onomástico

EVA DÍAZ RIOBELLO

**La aldea** | Leyendas; Lluvia; El olvido; La rival; Rescate; Religión; Bibelot; El cielo; El tren de las 12

**Uno de esos accidentes** | La última hora; Raíces; Extravío; Celos; Madurez; Duplicidad; Amigas verdaderas; Hermanos; Dulces

**Terreno impracticable** | Frutos; La ceremonia; Traición; Juramento; Ecuación imperfecta; Falsas apariencias; La costurera; Despecho; Aniversario

**Traviesos** | Semillas del desierto; Juegos; El escondite; Las muñecas; Agua; La sustituta; Caperucita; Ritos de paso; Reencuentro; La cena

ISABEL GONZÁLEZ GONZÁLEZ

**La aldea** | Magnetismo; Zopilotes; Bosque casi humano; Empezinado; Conquistadores; Máquinas de coser; Casamiento; Futurible incesto; Noticias del más acá; Cumplieron todos sus sueños

**Uno de esos accidentes** | Rito; Sombras; Tubérculos; El alacrán; Simón Reynaldo Aguas; Plof; Asesinato preposición; Mamá siempre; Nadie muere antes de tiempo; Tictac

**Terreno impracticable** | El amor o lo que sea; El arte de la doma; El tragasables; Tonta. Tarta. Tonto; Los narcisos de Evelyne; Amorgasmo a mano; Embalajes; Adiós; Íntimo zoológico; Esposa; Adelante

**Traviesos** | Inmortal coleóptero; El viaje; La coleccionista; Destino; Cuaderno de campo de un niño prodigio; La niña oscura; Numeración incorrecta; Cachorros; Vidas minadas

#### TERESA SERVÁN

**La aldea** | Encuentros; Orografía; Hombre árbol; El guardagujas; La excitación de los muertos; La mujer del sepulturero; Caja de toques; Una gallina vieja; Ferrocarriles

**Uno de esos accidentes** | Tocar a clamores; Lo que sueña el otro; Autorretrato; Chinchas; La viuda; El número final; El broche; Cuento de ida y vuelta; Sobrevivir

**Terreno impracticable** | Un último beso; Consejos de almohada; A quemarropa; Virgen; Comunicación no verbal; Serás más lista; Amor, ¿juegas a los piratas?; Anhelos; Trasplante; Fantasma

**Traviesos** | El guerrero; Fantasma pequeño; El funambulista; La carpa; Secretos II; De cómo Adán no conquistó a Eva, en su empeño por perseguir a una princesa de cuento; Mamá gallina; Caperucita feroz; Proceso de escritura de un cuento de F.; El otro lado

ISABEL WAGEMANN

**La aldea** | Espejismos; Tocar la lluvia; El miedo de las madres; Taller de costura; Electrodomésticos; Labores; Amén; El juego del huevo; Tiempo de circo; Todas las mujeres

**Uno de esos accidentes** | La muerte, uno de esos accidentes; Quimeras; Trozos; Dibujo a mano alzada; Desmontaje; El hilo; Analogías; La nana; El baile

**Terreno impracticable** | Cama con espejos; El acerico; Mieles; Margaritas; ¿Despecho?; Pretérito indefinido; Cielo y agua; Mujer portátil busca; Tareas del hogar; Cuenta atrás; Lo irremediable

**Traviesos** | Bisutería; La sonrisa; Secretos I; Lecciones de geografía; El mapa; Paraíso perdido; El botón; La cita; Lo que quiero ver

## Índice

Prólogo	11
<b>La aldea</b>	19
Magnetismo	21
Espejismos	22
Leyendas	23
Encuentros	24
Zopilotes	25
Lluvia	26
Tocar la lluvia	27
Orografía	28
Bosque casi humano	29
Hombre árbol	30
Empezinado	31
Conquistadores	32
El miedo de las madres	33
El guardagujas	34
Taller de costura	35
Máquinas de coser	36
Electrodomésticos	37
Labores	38
Casamiento	39
El olvido	40
La rival	41
Rescate	42
Futurible incesto	43
Religión	44

El hilo	79
Chinches	80
La viuda	81
Simón Reynaldo Aguas	82
Analogías	83
Plof	84
El número final	85
Duplicidad	86
La nana	87
El broche	88
El baile	89
Asesinato preposición	90
Cuento de ida y vuelta	91
Amigas verdaderas	92
Hermanos	93
Mamá siempre	94
Dulces	95
Nadie muere antes de tiempo	96
Sobrevivir	97
Tictac	98
<b>Terreno impracticable</b>	99
El amor o lo que sea	101
Un último beso	103
Cama con espejos	104
El arte de la doma	105
Frutos	106
El acerico	107
Consejos de almohada	108
La ceremonia	109
A quemarropa	110
El tragasables	111
Tonta. Tarta. Tonto	112

Virgen	113
Mieles	114
Los narcisos de Evelyne	115
Margaritas	117
Amorgasmo a mano	118
Comunicación no verbal	119
¿Despecho?	120
Traición	121
Juramento	122
Serás más lista	123
Amor, ¿juegas a los piratas?	124
Anhelos	125
Ecuación imperfecta	126
Embalajes	127
Pretérito indefinido	128
Adiós	129
Trasplante	130
Fantasma	131
Cielo y agua	133
Íntimo zoológico	134
Mujer portátil busca	135
Falsas apariencias	136
Tareas del hogar	137
Cuenta atrás	138
La costurera	139
Despecho	140
Esposa	141
Aniversario	142
Lo irremediable	143
Adelante	144

<b>Traviesos</b>	145
Semillas del desierto	147
Juegos	149
Bisutería	150
El guerrero	151
Inmortal coleóptero	152
El escondite	153
El viaje	154
Las muñecas	155
La sonrisa	156
La coleccionista	157
Fantasma pequeño	158
Destino	159
El funambulista	160
La carpa	161
Agua	162
Secretos I	163
Secretos II	164
Lecciones de geografía	165
Cuaderno de campo de un niño prodigio	166
El mapa	167
La sustituta	168
De cómo Adán no conquistó a Eva, en su empeño por perseguir a una princesa de cuento	169
Paraíso perdido	170
Caperucita	171
La niña oscura	172
Ritos de paso	173
Numeración incorrecta	174
El botón	175
Mamá gallina	177
La cita	178
Reencuentro	179

## Índice

Lo que quiero ver	180
La cena	181
Cachorros	182
Caperucita feroz	184
Vidas minadas	185
Proceso de escritura de un cuento de F.	186
El otro lado	187
Índice onomástico	189



Mario M. Reyes, grabado en linóleo, 7 × 5 cm, 2011

*La aldea de F.*, de Eva Díaz Riobello, Isabel González González,  
Teresa Serván e Isabel Wagemann, volumen 9  
de la serie ediciones de punto de partida,  
editado por la Dirección de Literatura,  
se terminó de imprimir el 5 de noviembre de 2011  
en los talleres de Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V.,  
San Julio M. 607, L 24, Pedregal Santa Úrsula, 04600, México D.F.  
Se tiraron 1 000 ejemplares, en papel cultural de 90 gr.  
Se utilizaron en la composición tipos Rotis Sans Serif,  
de 8, 8.5, 9, 10.5, 12 y 15 pts., y Bodoni, de 8, 10, 10.5, 11.5 y 24 pts.  
El cuidado de la edición estuvo a cargo de  
Carmina Estrada y Mariana Hernández.